
Perdóname
Viri Vallera

Perdóname

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo

Capítulo 1

Salió apresurada a la reunión con la señora Moscoa, iba con dos minutos de retraso. Se había acostado casi entrada la madrugada luego de terminar de hacer algunos diseños de interior y exterior para mostrárselos esa mañana a su posible nueva cliente.

Eloísa estaba feliz de que probablemente iba a tener la oportunidad de ponerse manos a la obra, apenas terminar en el que estaba y eso se lo debía a que su reciente trabajo había gustado mucho y la señora Moscoa la llamó días después de que viera lo que había hecho en casa de una de sus amigas.

Eloísa hasta hacía poco había levantado el vuelo luego de pasar tres años sin dedicarse realmente a lo que estudió, pero un conocido la contrató para la decoración de un jardín exterior y de ese pequeño trabajo, vinieron unos cuantos más, hasta que alguien la recomendó con una persona con más economía y su imaginación dio vuelo, al saber que con esa persona no tenía que escatimar.

Ahora su trabajo había hablado por ella y allá iba, rumbo a su nuevo proyecto. Eloísa agradeció tener auto propio y llegar justo a tiempo en la cafetería que la señora Moscoa la citó, aunque le pareció extraño que la citara allí y no en su casa, en donde seguramente quería rediseñar.

—Hola. Buen día, señora Moscoa — saludó Eloísa al llegar a la mesa en donde la mujer de aproximadamente de cincuenta y tantos años la esperaba.

—Buen día. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

— ¿Le gustaría acompañarme a desayunar? — le preguntó brindándole una sonrisa.

—Sí, claro.

La señora Moscoa, llamó a un mesero que les dejó el menú y se llevó la taza vacía del café que la mujer mayor se había tomado a la espera de Eloísa. Tras desayunar y retirado los platos y vasos sucios, Eloísa procedió a mostrar sus diseños.

— ¿Le gustan? — inquirió a la señora Moscoa que los miraba sin decir nada aún.

—Sí, me gustan — respondió para alivio de Eloísa —. Pero… — y miró a la joven con una sonrisa —. Ya sé que piensas que siempre hay un, pero, pero no es nada para qué preocuparse.

Eloísa le sonrió, pero se encontraba confundida. No sabía que era lo que quería la señora Moscoa.

—Dígame que es lo que quiere y yo trataré de hacer lo que usted desee.

—Tu trabajo es para una casa en la ciudad, pero la que quiero cambiar es una casa que está a las afueras. Es una Quinta.

—Disculpe mi ignorancia, pero ¿Qué es una Quinta?

—Es algo así como una casa de campo con un poco de terreno para sembrar árboles frutales u hortalizas.

—Oh, entiendo — sonrió apenada —. ¿Y qué desea? Para tener más o menos una idea de lo que quiere.

La señora Moscoa se quedó callada, unos segundos, luego de su bolso sacó su teléfono celular y buscó algo en él.

—Esta es la quinta — dijo mostrándole fotos de la enorme casa.

— ¡Vaya! — exclamó Eloísa asombrada.

—Como verás, no es algo tan refinado como la ciudad.

—Desea algo más campestre.

—Sí, que se sienta cómodo. Quiero que cambie todo, no importa cuánto cueste.

Eloísa casi salta de alegría de su asiento, la mujer le estaba dando carta blanca, pero, aun así, se portó seria y continúo haciendo preguntas a la señora Moscoa.

—Pero antes de ponerme manos a la obra necesito echar un vistazo a la casa — dijo Eloísa.

—Por supuesto. Solo que la casa está sola desde hace un tiempo, pero espero que regresando de mi viaje esté lista para irme a vivir allí.

— ¿Piensa dejar la ciudad?

—Así es.

Eloísa notó que la señora Moscoa se puso triste, luego le sonrió cálidamente y acordaron verse al día siguiente para ir a la Quinta, para de esa forma ultimar detalles.

La señora Moscoa pasó por Eloísa a las nueve de la mañana y le fue indicando qué camino tomar para cuando ella tuviera que ir sola, para comenzar a hacer el trabajo y tuviera que guiar a las demás personas, que estarían ayudándola durante el proceso de renovación.

La Quinta se hallaba a dos horas de la ciudad y aunque la señora Moscoa dijera que eran solo unas cuantas hectáreas, para Eloísa parecía algo más que un pequeño terreno. La casa era enorme, pero más impresionante en persona y de inmediato se imaginó lo que iba a hacer.

—Es muy bonita — dijo Eloísa a Moscoa.

—Sí, a mi hija le gustaba mucho estar aquí.

Eloísa iba a preguntar dónde se encontraba ella y porque ya no iba, pero la señora Moscoa no le dejo tiempo para hacerlo.

—Y cómo te podrás dar cuenta, no hay jardín. Ha ido muriendo por la soledad y el abandono. Quiero que hagas un hermoso jardín.

—Por supuesto.

—A ella le encantaban las mariposas — dijo Moscoa con aire ausente, después subió los escalones que daban a la puerta de la entrada principal y abrió.

Moscoa dejó que Eloísa entrara primero, a pesar de que todo estaba cerrado, las enormes ventanas de cristal dejaban entrar la luz del sol y la mañana. Recorrieron toda la casa y en cada espacio que miraban, Eloísa planteaba a la señora Moscoa lo que tenía en mente para cada área, sin embargo, la mujer parecía sombría.

—No parece que le guste mucho lo que le he dicho — le dijo Eloísa.

—No es eso, es solo que no me gusta estar aquí tal y como está esta casa ahora, ¿por qué no mejor hablamos afuera?

— ¿Asustan? ¿Hay fantasmas? — inquirió Eloísa caminando a lado de Moscoa, pues temía que aquello fuera cierto.

—No, no es eso. Simplemente quiero olvidar.

La señora Moscoa no hacía más que rodearse de misterio y Eloísa sin poder saber más de ellos, pero esperaba que en algún momento lograra descubrirlo.

Moscoa aceptó las propuestas e ideas de Eloísa y al igual que el día anterior le dio carta libre para hacer de la casa lo que creyera conveniente, siempre y cuando la dejara acogedora.

—Si necesitas algo, comunícate con mi asistente. Yo estaré fuera por dos meses, ¿crees que para mi regreso esté todo terminado? —quiso saber la señora Moscoa.

—Si trabajo sin descanso, muy probablemente puede que esté terminada para entonces.

—Si es así, te daré una recompensa por conseguirlo — la motivó y los ojos de Eloísa brillaron.

Le encantaban los retos y el trabajo duro.

—Muchas gracias, señora Moscoa. Le prometo que a su regreso la casa estará completamente renovada.

—Gracias. Eso espero.

Apenas la señora Moscoa la dejó cerca de su apartamento, Eloísa comenzó a llamar a todos los proveedores de los cuales ya había obtenido su servicio. Si quería terminar pronto y en dos meses no tenía tiempo que perder, necesitaba comenzar desde ese instante.

Al día siguiente, a las ocho en punto, Eloísa estaba en carretera guiando al personal y a los enormes camiones que se llevarían los muebles de la casa. Antes de poner manos a la obra, debía de dejarla vacía para que todo fuera tomando forma de nuevo.

Cuando llegaron a la Quinta, Eloísa sacó la llave de la casa que la señora Moscoa le confió a ella para que pudiera entrar y salir. Sin embargo, se llevó una gran sorpresa, pues la puerta estaba abierta. Eloísa sintió el corazón acelerarse, pues no sabía quién podría haber entrado, si era la señora Moscoa que al final había decidido darse una vuelta, o bien, eran ladrones. Aun así, no tuvo mucho miedo, pues no muy lejos de ella, había varios hombres bastante fuertes para defenderla, o al menos eso suponía.

Con mano temblorosa y con las piernas temblando empujó la puerta y casi se caga del susto, cuando la presencia de una mujer dándose la vuelta hacia ella le sonrió angelicalmente. Eloísa se llevó una mano al pecho y respiró aliviada, solo era una mujer.

—Disculpe ¿Quién es usted y que hace aquí? — le preguntó Eloísa —. Me ha dado un susto de muerte, creí que había ladrones o ¿Solo eres una ladrona?

La mujer la siguió observando en silencio y sin dejar de sonreírle, a Eloísa le recorrió un escalofrío y pensó que solo era el aire fresco de la mañana en la Quinta.

—Es la casa de mi madre — respondió.

A Eloísa casi se le para el corazón, estaba de frente a la hija de la señora Moscoa.

—Lo siento, yo no sabía que usted vendría. Su madre no me dijo nada.

—Ella no sabe que estoy aquí.

— ¿Entonces tampoco sabe que va a remodelar la casa?

La mujer abrió los ojos con sorpresa y negó con la cabeza, pareció triste por un segundo, pero luego sonrió a Eloísa con toda su hilera de dientes blancos y perfectos. Eloísa no pudo evitar sentirse atraída por aquella mujer que no dejaba de sonreírle, probablemente ese era su encanto.

—No, no lo sé. Pero ahora usted me lo ha hecho saber ¿Qué van a hacer?

—Vamos a sacar todos los muebles.

—Cree que podría dejar lo necesario en la habitación que ocuparé.

— ¿Piensa quedarse aquí? — preguntó Eloísa sorprendida.

—Si ¿Por qué? No voy a causarle molestias.

—No, no. Yo no lo decía por eso — respondió Eloísa nerviosa.

—No se preocupe, ¿Ella vendrá?

— ¿Quién?

—Mi madre.

—No, por lo que sé, se irá de viaje y no vendrá hasta dentro de dos meses. Tiempo en el que yo debo de tener la casa terminada.

— ¡Vaya! — exclamó mirando toda la casa a su alrededor —. Tiene mucho trabajo por hacer.

—Lo sé, por eso estoy empezando desde ya.

—Por mí no se preocupe, haga lo que tenga que hacer — y se escabulló antes de que Eloísa pudiera preguntarle qué habitación ocuparía.

Eloísa quería ir detrás de ella, pero sabía que estaría perdiendo tiempo y el tiempo era dinero, así que salió de nuevo y dijo a los hombres que podía entrar para comenzar a embalar los muebles. Dio órdenes de que comenzaran con los de la sala, siguieran con el comedor, después las habitaciones y por último la cocina.

Antes de ir en busca de la hija de la señora Moscoa, se quedó a observar el trabajo de los hombres, ya que los muebles se iban a donar a personas de escasos recursos, por tanto, debía de asegurarse de que llegaran en buenas condiciones hasta su destino.

La casa era enorme, tenía seis habitaciones, cada una con baño, además de otros más que se repartían por toda la casa. Contaba con una gran cocina, al igual que un comedor y una sala de estar. Además de todo eso, en la parte de atrás había una piscina y un espacio con parrillas para hacer asados. En esa parte de la casa, Eloísa no tenía mucho por hacer, allí solo haría que pusieran pintura nueva y colocaría algunas plantas.

Sin que Eloísa se diera cuenta, pasaba del medio día y solo habían llenado un camión, el cual, se fue poco antes de que ella saliera en busca de comida para ella y para los trabajadores, que aún seguían llevando cosas a un camión y otros embalando. Parecía que aquella tarea no tenía fin, pues había demasiadas cosas, tanto grandes y pequeñas, que hacían más larga y tediosa la labor. Tanto así que Eloísa tuvo que ponerse a envolver objetos decorativos pequeños, los cuales la hicieron olvidarse de ir a buscar a la hija de la señora Moscoa.

Capítulo 2

Eloísa estuvo de regreso con comida para todos, incluso hasta para la hija de la señora Moscoa, la cual no había visto salir y al llegar, preguntó a los trabajadores si ellos la vieron salir o merodear por allí, pero ellos le dijeron que no habían visto nada. Los dejó comiendo y ella se dirigió hacia las habitaciones en busca de la visita inesperada.

Eloísa inició buscándola en la primera habitación, pero no estaba allí y así prosiguió tocando cada puerta y al no recibir respuesta, asomaba la cabeza para asegurarse de que no se encontrara desmayada por ahí por no haber comido.

— ¡Oye! ¿Estás aquí? — gritó Eloísa —. Te traje algo de comer.

— ¡Bu!

Eloísa dio un brinco casi del suelo al techo cuando los dedos de alguien se enterraron en sus costillas y el "BU" por primera vez había sido aterrador. Tanto, que sintió como algo caliente escurría por la tela de mezclilla de sus pantalones y las mejillas las sentía calientes de la vergüenza.

Todo pareció quedarse en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido, congelando a ambas mujeres en la posición en la que se encontraban.

—Lo siento mucho — dijo la hija de la señora Moscoa abrazando inesperadamente a Eloísa —. No era mi intención asustarte.

Eloísa, al tiempo que estaba avergonzada, se encontraba también enojada, pero ante el gesto cariñoso de aquella mujer, comenzó a sentirse menos encolerizada, quedándole solo la vergüenza de haberse orinado encima.

— ¿Por qué me buscabas? — inquirió sin soltarla.

—Traje comida.

— ¿Para mí?

—Sí para ti.

—He sido grosera contigo. Perdóname. No pensé que fueras asustarte demasiado.

—En realidad me andaba haciendo pis.

Era la situación más loca y surrealista que Eloísa estaba viviendo. La hija de Moscoa continuaba abrazada a ella, haciendo preguntas, mientras que ella respondía a todas. Lo más raro de todo, es que su abrazo y cercanía no le resultaba incómodo.

— ¿Qué trajiste?

—Hamburguesas.

Al escuchar esto, la hija de Moscoa la soltó y se puso delante de ella para tomar la bolsa que Eloísa tenía en unas de sus manos, se la llevó al rostro y aspiró.

—Huelen deliciosas, hace mucho que no me como una. Gracias.

A Eloísa esto le pareció raro, pero no tuvo tiempo de pensar demasiado, porque la hija de Moscoa la tomó de la mano y la arrastró a la habitación del medio, una de las cuales había buscado.

—Esta es mi habitación — declaró apenas entraron.

—Te busqué aquí hace un momento y no estabas.

—Debí estar en el baño.

De pronto, la mujer miró seriamente a Eloísa a los ojos y la diseñadora de interiores y exteriores, descubrió que sus ojos eran gris oscuro.

—Discúlpame por no presentarme antes. Me llamo Ania — extendió su mano para estrechar la de Eloísa.

—Soy Eloísa. Mucho gusto, Ania — dijo dándole un suave apretón de manos.

—Puedo prestarte ropa — ofreció Ania —. Parece que somos de la misma talla.

Ania continuaba con expresión seria, olvidándose completamente de la bolsa de hamburguesas que sostenía en una de sus manos.

—Me gustas más cuando sonríes — declaró Eloísa inconsciente de lo que decía, pero era lo que estaba pensando.

Ania al escucharla, sonrió encantada. Eloísa se llevó las manos a la boca y abrió los ojos por lo que había dicho sin pensar. Una vergüenza más a su lista de ese día y si no terminaba pronto, estaba segura de que continuaría haciendo y cometiendo estupideces.

Ania dejó la bolsa de las hamburguesas en la pequeña mesa cercana que había y corrió hacia al enorme armario, en donde enseguida encontró un pantalón de mezclilla muy parecido al que Eloísa había mojado. Al entregárselo le sonrió, para luego alejarse otra vez y buscar ropa interior en una cajonera junto al armario.

—Listo, puedes lavarte y cambiarte en el baño.

Eloísa miró las bragas de Ania con curiosidad, eran de color negro y de encaje. La diseñadora no sabía si la hija de la señora Moscoa lo hacía a propósito o es que en realidad era las únicas que tenía en aquel lugar. Aunque seguramente lo segundo era lo más probable, años sin estar allí y era lo único decente que encontró.

Sin tener más opción, se dirigió hacia el baño, en donde se lavó rápidamente por temor a que Ania pudiera espiarla, y cuando se disponía a vestirse, la puerta del baño se abrió, dando paso a la hija de Moscoa, que llevaba una toalla en mano, al tiempo que con la otra se tapaba los ojos.

—Se me olvidó darte una toalla, pero no estoy viendo nada — dijo Ania caminando hacia Eloísa, que trataba de cubrir su desnudez con ambas manos.

—No te hubieras preocupado — dijo Eloísa tomando la toalla rápidamente —. Gracias.

—No me des las gracias, date prisa. Tengo hambre.

Eloísa no podía creer lo confianzuda que era Ania Moscoa, sin duda era toda una sinvergüenza, pero con una sonrisa encantadora y con unos ojos tan misteriosos que a Eloísa le hacían perder la cordura.

Cuando Eloísa salió del baño, Ania había sacado las hamburguesas de la bolsa y arreglado la pequeña mesa que se encontraba en la habitación y la esperaba sentada como si fuera una niña buena. Al verla, le volvió a sonreír y Eloísa, se sintió nerviosa pese a lo inocente que se veía Ania.

— ¡Ya sé! — dijo de repente poniéndose de pie —. Voy a desenredarte el cabello — y corrió hacia el tocador, en dónde Ania encontró casualmente un peine —. Siéntate, siéntate — la instó Ania como si se tratara de una niña.

—Yo puedo hacerlo — manifestó Eloísa para tratar de quitarse de encima a Ania, que ya le había puesto las manos sobre los hombros y la había sentado en la silla.

—Sí, pero yo quiero hacerlo — insistió.

Eloísa se dejó hacer, apenas, y sentía cómo Ania la peinaba y movía sus manos sobre su cabello.

—Tienes un cabello muy bonito.

—Gracias — respondió Eloísa con apenas voz.

—A mí me encantaba jugar con muñecas, ¿y a ti?

—No tuve muchas muñecas.

— ¿Por qué?

—Crecí en un internado.

Aquel momento de su vida, cuando fue niña, fue la época más horrible que vivió, por eso nunca hablaba de cómo y dónde había crecido. Hasta ahora.

— ¿Qué interesante?

—No tiene nada de interesante haber crecido en un horrible internado.

— ¿Tan horribles son?

—Al menos al que me mandaron, lo era.

Eloísa recordó el miedo que le daba estar sola en una oscura y pequeña habitación por la noche en aquel internado lleno de mujeres que, en lugar de ser cándidas, más bien parecían ser brujas. En ese lugar siempre escuchaba ruidos extraños por la noche y por miedo de ir sola al baño, amanecía hecha pipi en la cama. Al día siguiente era la burla de sus demás compañeras, pues las encargadas del internado, le hacían pasar la vergüenza ante todas diciéndole que se había orinado encima de la cama y esto ocasionó que se burlaran de ella, la acosaran día y noche, viéndose envuelta en todo tipo de situaciones horrorosas.

— ¿Tan traviesas era que te enviaron a uno? — dijo Ania a modo de broma para restar la seriedad en las palabras que salían de la boca de Eloísa.

—Fueron mis tíos los que me enviaron al internado luego de que mis padres murieran en un accidente de auto. Quedé huérfana cuando tenía siete años, así que crecí en un internado, hasta que cumplí los dieciocho años.

—Lo siento mucho — expresó Ania con verdadero pesar y la abrazó por segunda vez.

Eloísa no era una persona cariñosa, más bien era desapegada a las personas y se limitaba a dar un trato cálido, pero sin demasiado contacto. Saludar de mano era lo único que ofrecía a cualquiera que la conocía y nada más. Sin embargo, para Ania era muy fácil abrazar y expresar lo que sentía con acciones.

—Ya pasó hace muchos años.

— ¿Cuántos años tienes ahora?

A otra persona le hubiera molestado que le preguntaran por su edad, pero Eloísa no se avergonzaba de la edad que tenía. Sabía que no se estaba volviendo más joven y que en su rostro, ya comenzaban a marcarse las líneas de expresión, por no decir arruguitas.

—Treinta y un años ¿Y tú?

—Treinta, siempre tendré treinta — dijo no muy convincente y Eloísa no le creyó.

—¿Comemos? — preguntó cuando terminó de desenredar el cabello a Eloísa.

Comieron en silencio, mientras Eloísa miraba de vez en cuando a Ania comer, que parecía una niña de tres años disfrutando de una simple hamburguesa, que para gusto de Eloísa, no era una de las mejores que había probado.

—Gracias por la hamburguesa.

—De nada. Supuse que debías de tener hambre. Aquí no hay nada para comer, solo muebles, los cuales pronto se irán.

— ¿Podrías dejar esta habitación para el final?

Eloísa sabía que no podía hacer eso, que aquello solo la retrasaría, pero había algo en Ania que la hacía ser tan blanda como un pan de dulce remojado en café caliente.

—Está bien.

—Muchas gracias. Eres un sol.

Y allí estaba otra vez sonriéndole a Eloísa con su dentadura blanca y perfecta.

—Aunque podrías sacar de aquí algunos muebles — continuó Ania —. Podrían llevarse la cajonera, el buró junto a la cama y los demás detalles que hay. Dejarme solo con la cama, que es lo más indispensable.

— ¿Estás segura?

—Sí.

Eloísa miró esta vez con detenimiento la habitación y no encontró en ninguna parte las maletas de Ania. Si había acabado de llegar, debían de estar sus maletas en algún lado.

— ¿Ya has deshecho tus maletas? — quiso saber Eloísa.

—En realidad no traje equipaje, no lo necesito.

Su respuesta le pareció aún más rara a la decoradora, sabía que era imposible que una mujer saliera de viaje sin siquiera llevar una maleta consigo. Así que pensó que más tarde, se pondría en contacto con la señora Moscoa, debía de salir de dudas con aquella rara y expresiva mujer.

—Me voy, debo de seguir trabajando — dijo poniéndose de pie.

Cuando Eloísa volvió, los hombres habían comenzado otra vez a embalar y a subir cosas a los camiones. La noche cayó antes de lo que Eloísa esperó y aún les quedaba mucho por hacer, aquello tan solo era el comienzo del primer día de los que seguían para tener la casa completamente nueva.

Los hombres se fueron y la casa quedó en total y completo silencio. Ania no se había dejado ver, era como si no estuviera en la casa y llevando a cabo su promesa de no molestar. Eloísa tuvo el impulso de marcharse sin despedirse de ella, pero creía que debía hacerlo saber, así que se dirigió hacia la habitación en la que la dejó la última vez que la vio. Aunque en esta ocasión, Ania respondió cuando tocó a la puerta de la estancia que ocupaba.

—Hola — dijo Ania sonriéndole cuando Eloísa se asomó.

—Solo vine a decirte que ya me voy. La casa es toda tuya.

—Gracias ¿Ya puedo comenzar la orgía?

—Sí, en cuanto me vaya.

—De acuerdo.

—Nos vemos mañana — y cerró la puerta.

Segundos después la puerta se habría y Ania salía de ella para acompañar a Eloísa hasta la salida. Caminó a su lado sin decir ni una palabra, solo se limitó a andar en silencio junto a la diseñadora, que había dejado las luces encendidas.

— ¿Piensas dejar las luces prendidas? — preguntó Ania.

—Sí ¿por qué?

—Hay demasiada luz, los fantasmas no van a poder venir.

Eloísa se quedó quieta y miró con horror a Ania. Eloísa odiaba la oscuridad, temía a los fantasmas y a todo aquello sobrenatural y jamás había visto una película de terror en su vida. Ya que su existencia en la infancia y adolescencia le fue demasiado aterradora para ver semejantes cintas de horror.

— ¿Hay fantasmas aquí?

Ania le mostró una gran sonrisa antes de responder.

—Por supuesto que no, tontita — y tomó del brazo a Eloísa para continuar caminando y la diseñadora agradeció por primera vez el contacto de aquella extraña mujer, pues le dio tranquilidad y la seguridad de que no aparecería un fantasma del tramo de la escalera hasta la puerta —. Si hubiera fantasmas, jamás me quedaría aquí sola. Además, ellos no pueden hacernos daño.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¿Cuándo has escuchado que un muerto mató a un vivo?

— ¡Lo puede matar de un susto!

—No, imposible.

Ania le soltó del brazo y le abrió la puerta.

—Hasta mañana, Eloísa.

—Hasta mañana. Gracias por prestarme ropa, te la devolveré en cuanto la lave.

—No es necesario, puedes quedártela.

Eloísa estaba por salir, cuando inesperadamente, Ania le dio un beso en la mejilla de despedida. Sin decir palabra, Eloísa salió de la casa, sintiéndose extraña de ser despedida de una manera cariñosa, pues ella estaba exenta de recibir cariños y ciertamente huía de las muestras de afecto, pero con Ania no podía escapar, porque ni siquiera sabía en qué momento ella la rodearía con sus brazos o le ofrecería una muestra de estima.

Se alejó de Ania con las mejillas encendidas y agradeció que la luz no fuera tan fuerte allí fuera y no dejara ver su sonrojo. Con torpeza, abrió la puerta de su pequeño auto Hatos, se subió a él y de inmediato lo puso en marcha para dirigirse a su apartamento.

En cuanto llegó a casa, se fue a dar una ducha y volvió a sentirse avergonzada por haberse hecho pis en los pantalones de nuevo como cuando era niña o adolescente. Pero fue imposible evitarlo, era miedosa y había quedado un poco traumada tras haber estado en el internado sufriendo abusos y acoso por parte de sus compañeras y maestras.

Eloísa vivía sola en un pequeño apartamento que su tío compró para ella y de esa forma deshacerse de ella para siempre. No la quería en su casa, ni de ninguna manera cerca de ellos, así que Eloísa se encontraba sola sin nadie a quien recurrir.

En su piso, contaba con lo necesario, no tenía lujos, ni había nada referente a lo que ella se dedicaba. Aunque quisiera decorarlo, aún no poseía el dinero suficiente, pues con los trabajos anteriores, solo había logrado pagar las deudas que tenía y contar con lo necesario para comer. Hasta hacía poco la vida había comenzado a sonreírle con trabajos bien remunerados y se podía permitir respirar tranquila.

Apenas entrar a su apartamento, Eloísa intentó comunicarse con la señora Moscoa y preguntarle sobre si ella tenía una hija de nombre Ania. No obstante, no pudo hacerlo, al parecer Moscoa, no estaba disponible en su línea telefónica. Pensó en enviarle un correo electrónico, pero se abstuvo de hacerlo, quizás era cierto que Ania era hija de la señora Moscoa y si no era así, ya vería la forma de que se fuera de la casa.

Tras ducharse y ponerse únicamente bragas y una playera amplia en algodón, se tumbó en su cama y se abrazó a su enorme oso de peluche. Ese era su acompañante de cada noche, al igual que una lamparita encendida sobre el buró junto a su cama. Con estas dos cosas, Eloísa dormía con cierta tranquilidad por las noches y trataba de no pensar en cosas horribles para evitar pesadillas.

Capítulo 3

Eloísa bebió su café y desayunó sus consabidos rutinarios, dos huevos revueltos. Antes de salir, se aseguró de llevar ropa extra en su bolso, odiaba las sorpresas y sobre todo que la asustaran provocando que se hiciera pipi encima.

Antes de dirigirse hacia la Quinta, fue a asegurarse de que la compañía que iba a ir a pintar, estuviera puntual mañana por la mañana y asegurarse de que la pintura fuera la que había pedido.

Cuando llegó a la Quinta, los hombres de la mudanza ya estaban allí con los camiones. Eloísa había arribado con pocos minutos de retraso, así que bajó corriendo del auto y abrió la puerta, había estado casi segura de que Ania les abriría la puerta a los trabajadores, pero al parecer se había equivocado. Sin embargo, había apagado las luces.

Los hombres de inmediato se pusieron manos a la obra y Eloísa, tuvo el impulso de ir en busca de Ania. Quería saber si aún se encontraba en la casa o bien se había ido al saber que ella iría todos los días a trabajar con varias personas.

Eloísa se mantuvo bastante ocupada, pero, aun así, se dio la oportunidad de tomarse un descanso para ir a buscarla. Para no ser sorprendida de nuevo, se detuvo en el pasillo en el que daba a las primeras habitaciones y desde allí la llamó.

— ¡Ania! ¿Estás aquí?

—Estoy aquí — su voz provino de la habitación que ocupaba —. Entra.

Eloísa respiró tranquilamente y se dispuso a entrar a la estancia. Como siempre que le indicaban que entrara, lo hizo con cautela, temerosa de que lo que pudiera encontrarse, así que solo asomó la cabeza.

Ania se encontraba tumbada en la cama, perfectamente vestida y tan alegre como siempre. Apenas ver a Eloísa le sonrió y se puso de pie.

— ¡Has vuelto! — corrió hacia ella y la abrazó como si creyera que nunca más la volvería a ver.

Para Eloísa fue un gesto otra vez extraño, no entendía el comportamiento de Ania, quizás estaba loca y se había escapado de un centro de salud mental.

—Te dije que tendré que venir por dos meses.

— ¿Por qué eres tan agria? — le preguntó Ania apartándose de Eloísa.

—No te conozco ¿Cómo quieres que abrace a una desconocida?

—Desconfías de mí, ¿Verdad?

—La verdad es que sí, y no puedo comunicarme con ella para preguntarle por el nombre de su hija.

—Dudo mucho que puedas hacerlo, a menudo “la señora Moscoa” está de viaje y no tiene tiempo para nadie.

Esta era la primera vez que Ania se mostraba molesta y triste a la vez, al mismo tiempo le había dado el apellido de Moscoa sin que Eloísa se lo hubiera dicho, al menos eso ya jugaba a su favor.

— ¿Viniste aquí para verla a ella?

—Deseaba estar cerca de ella, pero no la encuentro aquí y resulta que quiere cambiar toda la casa.

Ania le dio la espalda a Eloísa y por primera vez la chispa de Ania parecía haberse

apagado.

—Considero que se verá mejor — intentó consolarla.

—Tal vez.

—Quédate hasta verla terminada y verás cómo cambias de parecer — la animó.

— ¿Quieres que me quede? — le preguntó a Eloísa con ese brillo en sus ojos grises que hizo que la diseñadora sintiera un hormigueo por todo el cuerpo.

—Sí.

Aquello fue suficiente para que Ania volviera a ser feliz y que Eloísa también lo fuera, al parecer las dos tenían algo en común y eso era la soledad.

Tras asegurarse de que Ania seguía en la casa y que no era una loca, ni ladrona, Eloísa volvió al trabajo y cuando llegó la hora del almuerzo, fue en busca de Ania para decirle que iría por comida y que se quedaba sola con algunos trabajadores, que tuviera cuidado. Ania le sonrió al ver que se preocupaba por ella.

— ¿Quieres acompañarme? — la tanteo Eloísa.

Era la primera vez que invitaba a alguien.

—Me gustaría, pero tengo algo que hacer. Muchas gracias, Eloísa — y le dio un beso en la mejilla a modo de despedida.

Sin duda, Eloísa seguía recibiendo besos de Ania y aún no podía acostumbrarse a esa manera suya de expresar sus sentimientos, pero agradeció el que su rechazo no la hubiera avergonzado.

Como el día anterior, Eloísa le compró el almuerzo a Ania, era la primera vez que se preocupaba por alguien que no fuera ella misma. Eloísa esperaba que, con eso, Ania no se sintiera sola y abandonada en esa gran casa.

Durante los días que siguieron transcurriendo, Ania consiguió ganarse a Eloísa, comenzó a derribar de a poco sus paredes y esa coraza dura y fría que mostraba al exterior a las demás personas. Ania estaba descubriendo a la verdadera Eloísa, aquella mujer temerosa, atenta y cariñosa que era, la verdadera mujer que se encontraba debajo de esas capas de seguridad para no salir dañada otra vez.

Ania descubrió que en realidad a Eloísa le gustaba ser abrazada, apapachada y mimada como un niño. Si bien ella no era demostrativa, sí que le gustaba recibir y para Ania no era ningún problema dar cariño, ese que a ambas les hacía falta y que sin darse cuenta estaban recibiendo la una de la otra.

Además del almuerzo, Eloísa había optado por llevar café y panecillos para Ania, quien nunca se entrometía a la hora en la que la decoradora hacía su trabajo, y eso era algo que a Eloísa le gustaba de Ania, que nunca interrumpiera en su jornada. Aunque a veces tenía curiosidad de saber que pensaba de lo que estaba haciendo con la casa.

Para el domingo, la Quinta ya estaba sin muebles y completamente libre de pintura vieja, aun así, Eloísa se despertó a la hora de siempre, se vistió y salió del apartamento sin desayunar. Le apetecía ir hacia la Quinta y tomar el desayuno con Ania, seguramente estaría allí sola y a Eloísa le parecía bien juntar sus soledades, beber café y comerse algunas donas cubiertas de chocolate.

Cuando Eloísa llegó, la puerta de la casa estaba abierta, igual que la primera vez en que se encontró con Ania dentro. Eloísa cruzó el umbral y se encontró de nueva cuenta con Ania, mirando ahora las paredes desnudas y vacías.

Ania la miró por un segundo, en el cual pareció que sus ojos estaban vacíos, así como la expresión de su rostro. Sin embargo, sonrió mucho antes de que Eloísa creyera que Ania era solo

un producto de su imaginación.

— ¿Acaso tú no descansas? — fue lo primero que le dijo antes de caminar hacia Eloísa y darle la bienvenida con un beso en la mejilla.

—Solo necesitaba venir para cerciorarme de lo que continuaré haciendo. Quiero que quede perfecta.

Ania la observó.

—La perfección no existe.

—Lo sé, pero al menos que lo sea a mis ojos, a los tuyos y a los de tu madre.

— ¿A mis ojos? — inquirió sorprendida.

—Si visitas esta Quinta, debe de gustarte.

Ania le sonrió.

— ¿Qué traes allí? — quiso saber arrebatándole la bolsa de los panecillos.

—Los traje para acompañar el café, espero no se haya enfriado — dijo ofreciéndole uno a Ania.

Como adentro no había nada en dónde tomar asiento, decidieron salir a sentarse en los escalones de la casa. Allí se acomodaron una junto a la otra, mientras miraban la mañana y escuchaban el canto de los pájaros, que revoloteaban arriba en el cielo.

—Si yo también tuviera un lugar como este a donde ir o vivir, creo que estaría encantada — declaró Eloísa bebiendo su café con un sentimiento de bienestar que desde que era adulta nunca había sentido —. Entiendo por qué te gusta estar aquí.

—Siempre estaré aquí — murmuró Ania.

—No te escuché ¿Qué dijiste?

—Que me encanta que estés aquí — dijo mirando a Eloísa a sus ojos castaño claro.

Eloísa se ruborizó y le encantó escuchar aquello, a ella también le gustaba estar allí, sobre todo estar con Ania tomando el café de la mañana.

—A mí también — susurró Eloísa apretando el vaso de su café.

Eloísa no era experta en el amor, ella solo era una mujer que se había dedicado a estudiar y a esforzarse por conseguir el pan de cada día, una vez que terminó sus estudios y su tío le retiró el poco apoyo económico que le daba para estudiar.

Ania se terminó el café y el pan que estaba comiendo, se puso de pie y ofreció su mano a Eloísa, quien la tomó sin dudar, apenas dejar el vaso casi vacío de su bebida.

— ¿A dónde vamos? — le preguntó Eloísa caminando junto a Ania sin soltar su mano.

—Te mostraré los árboles de manzana y durazno que hay aquí.

— ¿Y dan fruto?

—Por supuesto, ahora mismo están dando fruto.

— ¿Quieres decir que tu dieta es a base de estos frutos? — inquirió Eloísa, sintiéndose tonta el de haberse preocupado por Ania y su alimentación.

—No, no solo de ellos. Hasta el momento me ha gustado todo lo que me has traído para comer — le dijo Ania sonriéndole.

Eloísa no sabía lo que le estaba pasando, cada que Ania le sonreía, cada que la miraba sonreírle, era como sentir que todo su cuerpo le recorría una corriente eléctrica, que le sacudía toda la espina dorsal y terminaba con un cosquilleo en la planta de sus pies. Haciéndola sentir ganas de correr y saltar como si fuera una niña y no la mujer de treinta años que era. Era como sentirse libre a su lado, porque con Ania, aquel incidente de orinarse en los pantalones no se volvió objeto de burla.

Eloísa no dejaba de mirar sus manos unidas mientras caminaban hacia el campo abierto

que solo había mirado a la distancia desde la casa. El rocío de la mañana hizo que el pasto se humedeciera y que en cada paso que daban, sus zapatos se mojaran, pero la experiencia para Eloísa estaba siendo única.

Luego de unos metros, los árboles aparecieron a la vista, los de manzana parecían arbolitos de Navidad con el fruto rojo colgado a sus ramas, el de durazno, la fruta era amarilla y aquella que no estaba madura se veía verde.

El aroma de las frutas maduras y el fresco de la mañana golpeo a ambas e inhalaron al mismo tiempo para saborear lo que la naturaleza les ofrecía en ese momento.

—Esto es el paraíso — comentó Eloísa.

—Lo es.

Ania se dirigió hacia un árbol de manzana y cortó una, la palpó entre sus manos y luego la olfateo.

—Huele como tú — dijo Ania dándole una mordida.

Eloísa se sonrojó, no sabía si aquello de su olor era bueno o malo. Hasta ese momento nadie le había dicho si olía bien o si le desagradaba su loción. Ania se dio cuenta de la expresión de Eloísa y continuó.

—Hueles apetitosa — sonrió de manera maliciosa —. Y me encanta ver cómo te sonrojas y te pones rojas como las manzanas.

Eloísa le dio la espalda y cortó una manzana para olerla y saber si olía bien o no, para su sorpresa, le sorprendió descubrir que era cierto lo que Ania le había dicho, olía apetitosa, sobre todo porque estaban maduras y el rocío de la mañana las hacía irresistibles, así que al igual que Ania le dio una mordida sin necesidad de preocuparse de lavarla.

— ¿Qué tal? — le preguntó Ania poniéndose frente a ella —. Están deliciosas ¿Verdad?

—Sí — admitió Eloísa sin poder evitar que en sus labios se dibujara una sonrisa.

Eloísa y Ania pasaron todo el domingo juntas, caminaron por todo el huerto, dejando que sus zapatos se humedecieran. Cuando volvieron a la casa, se descalzaron y dejaron los zapatos al sol para que se secaran, mientras ellas subieron a la habitación que Ania tenía habitable y sin preocupación alguna de tener los pies sucios, se tumbó sobre la cama e invitó a Eloísa a que la acompañara. La diseñadora lo dudó un momento, pero al ver aquellos ojos grises que la miraba a la espera de su compañía, no lo pensó demasiado, sobre todo porque Eloísa se moría de las ganas de estar junto a ella, así que se dejó caer junto a ella.

Apenas estar al lado de Ania, esta comenzó a jugar con el cabello de Eloísa, que a menudo llevaba el pelo castaño oscuro suelto. Eloísa dejó que Ania trenzara su cabello, mientras ambas permanecían en silencio, las dos recordaban que cuando eran niñas, no tenían ninguna cómplice o alguien con quien jugar.

— ¿Te molesta? — le preguntó Ania a Eloísa luego de un rato en que ya había hecho y deshecho una trenza más de cinco veces.

—Para nada. De hecho, eres la primera persona en muchos años que trenza mi cabello.

— ¿Por qué? — quiso saber mirándola a los ojos —. Cuéntame de ti.

— ¿Qué quieres saber?

—Todo — respondió Ania sin dudar.

—Si lo hago, ¿Tú también me contarás todo de ti?

—Sí, pero yo no tengo mucho que contar. Si quieres, empiezo yo.

—Te escucho.

—Soy hija única y no sé quién es mi padre. Mi madre quedó embarazada milagrosamente del espíritu santo — dijo burlonamente y ambas se rieron —. No, por supuesto que no fue un

milagro del cielo, pero sí que se acostó con un hombre del cual nunca mencionó y tampoco me dijo quién era ese hombre.

— ¿Y cómo es que…? — inquirió Eloísa mirando lo que la rodeaba.

— ¿Cómo es que mi madre es rica?

Eloísa asintió.

—Pues era rica de nacimiento, no se casó jamás, pero nunca fue literalmente una madre para mí. Viajaba constantemente y mi abuelo la presionaba mucho para que obtuviera más y más poder.

—Y eso costó que no tuvieras una madre constante.

—Así es. Pero sé que me amaba — su tono de voz fue triste.

—Ella aún te ama — la animó Eloísa.

—Lo sé.

—Pero hablaste en pasado.

—Estoy loca, no me hagas caso.

—No estás loca.

Eloísa quería decirle que le encantaba su manera de ser, pero sabía que no sería muy apropiado de su parte decírselo, así que calló y se lo guardó.

—Es tu turno — la instó Ania sentándose en la cama y mirándola con toda la atención con aquellos ojos grises que encantaban a Eloísa.

Eloísa no se movió de donde estaba tendida, se quedó mirando el techo pensando por dónde empezar.

—Solo comienza por el principio — le dijo Ania con una dulce sonrisa en sus labios.

—Es verdad, qué tonta — y sonrió —. Quedé huérfana a los siete años de edad y tras la pérdida de mis padres, mi tío me llevó a vivir con su familia. Sin embargo, mis primos se pusieron celosos y mi tía no estaba muy feliz con mi presencia. Así que comenzaron a hacerme la vida imposible y envenenar a mi tío en mi contra, hasta que un día decidieron enviarme a un internado.

Sin que Eloísa se lo esperara, Ania volvió a acostarse a su lado y la abrazó. Eloísa en ese momento comenzaba a entender la necesidad de Ania de abrazar, tal vez daba lo que ella había deseado de niña. Sin embargo, Eloísa, había reprimido sus sentimientos y toda demostraciones de afecto por temor a que se burlaran de ella por desear un poco de compañía y afecto.

—Allí pase desde los siete hasta mis dieciocho años de edad. Estar en ese lugar fue la experiencia más horrible que pasé aparte de la pérdida de mis padres. Desde que tengo uso de memoria, le temo a la oscuridad y en el internado, me dejaban durmiendo sola y en una pequeña habitación completamente oscura. Cada ruido que escuchaba se me hacía terrorífico y como me daba miedo salir de debajo de las cobijas para ir al baño, terminaba echa pis en la cama y al día siguiente, cuando las encargadas se daban cuenta, exhibían lo que había hecho por la noche a mis demás compañeras para que se burlaran de mí.

—Qué crueles.

—Muchas veces recé para morir e ir con mis padres — era la primera vez que confesaba aquello que tantas veces le rondaba en la cabeza cuando era una niña y luego una adolescente.

— ¿Qué pasó después?

—Nunca tuve el valor de hacerme daño, soy muy cobarde ¿Sabes? Bueno, supongo que te diste cuenta ese día en que me orine los pantalones.

—Imaginé que había una razón, pero ahora sé por qué.

—Después de que salí del internado, mi tío me compró un pequeño apartamento y pagó a

regañadientes la universidad, pero a cambio de que no me acercara a ninguno de ellos. Una vez que me gradué me tuve que rascar con mis propias uñas y hasta hace poco fue que comencé a hacer trabajos como diseñadora.

— ¿Qué hacías antes?

—Trabajé como cajera.

—Me imagino que tu apartamento debe de ser genial — dijo Ania con cierta emoción.

—Para nada — respondió Eloísa con una sonrisa irónica —. Si lo vieras, no creerías que es el de una diseñadora de interiores y exteriores. No hay nada caro, ni cuadros en las paredes, ni nada que lo haga acogedor. Mucho menos plantas decorativas.

Eloísa se mordió la lengua para no contarle que lo único que apreciaba era su enorme oso de peluche, un pequeño lujo que se dio cuando ganó sus primeros sueldos, aquello había sido un anhelo y deseo que tuvo de niña, pero que nadie en ese entonces supo darle. Creció con carencias y sin afecto. Por eso, todas las noches se abrazaba a ese oso de peluche, porque de esa forma se sentía acompañada, aunque fuera de un objeto inanimado.

—Todo lo que hago en mi trabajo requiere dinero y lo menos que tengo yo es eso.

—Y mi madre tiene mucho para hacerlo.

—Exacto, ella y unos cuantos más se pueden dar ese lujo.

Ania comenzó a acariciarle los cabellos a Eloísa, que miraba la habitación de color neutro y en el cual sus voces de vez en cuando resonaban por los espacios vacíos. La luz del día se colaba por la gran ventana de cristal, pero Eloísa había comenzado a sentir sueño y a bostezar, rara vez sentía somnolencia a esas horas del día.

—Si continúas haciendo eso, voy a dormirme — dijo Eloísa con voz perezosa.

—Pues duerme, yo velaré tu sueño.

— ¿Lo harás?

—Por supuesto.

Ania comenzó a arrullarla con una canción que Eloísa no había escuchado, pero le gustó el dulce arrullo y se dejó abandonar en el sopor que la embriago. Sintiéndose a salvo y segura en compañía de Ania, se quedó dormida, mientras sentía el tacto de sus dedos en su cabeza.

Eloísa durmió alrededor de tres horas como un bendito. Sin embargo, cuando despertó, se encontraba sola en la cama, Ania no estaba a su lado, ni en la habitación, así que Eloísa se sintió un poco decepcionada y defraudada de que ella no estuviera allí, velando su sueño como lo prometió.

Se levantó de la cama y salió de la habitación en busca de Ania, esperaba que no se hubiera ido de la casa, porque si no, no la perdonaría nunca. No obstante, la encontró parada otra vez en medio de la casa, como la primera vez en que la vio. Se encontraba de pie mirando el techo de nueva cuenta, abstraída de todo, como si hubiera algo allí demasiado fascinante que ver.

— ¡Ania! — la llamó Eloísa, pero esta no reaccionó —. ¡Ania! ¡Ani! ¿Estás bien?

Cuando Ania escuchó ese diminutivo en la voz de Eloísa, volvió en sí, la forma en que Eloísa pronunció su nombre, fue de la manera más dulce que nadie nunca lo había pronunciado. Ania la miró y le sonrió de tal manera, que a Eloísa se le olvidó el disgusto de despertar sola en la cama.

Aquellos ojos grises la derritieron de inmediato junto a aquella sonrisa de la cual Eloísa se estaba volviendo adicta.

—Perdón por dejarte sola — se disculpó Ania, acercándose a Eloísa, tomando sus manos en las de ella —. ¿Me llamaste, Ani?

Eloísa se sonrojó, bajo la intensa mirada de Ania.

—Si te molestó, no lo vuelvo a hacer.

—Me ha gustado el que me llames así.

—Tu nombre se me hace muy dulce. Ania, Ani.

Eloísa no podía creer que hubiera dicho eso, pero no se arrepentía, porque Ania no apartaba sus ojos de los de ella, y Eloísa sentía que su corazón estaba en todas partes de su cuerpo, pues sentía palpitaciones por todos lados “me estoy enamorando” pensó Eloísa mientras no podía evitar dejar de ver aquellos ojos que la hipnotizaban.

—Me encanta que estés aquí, Eloísa.

Capítulo 4

Al día siguiente Eloísa volvió a la Quinta con una enorme sonrisa, nunca antes se había sentido tan feliz, ni tenido sueños tan dulces como los que tuvo esa noche en los que Ania era la protagonista de cada uno de ellos.

Como se estaba haciendo habitual, Eloísa le llevó el desayuno a Ania, incluso, hasta llegó más temprano de lo habitual para beber el café y comer los panes en la habitación, en aquella que se había convertido en una especie de refugio para Eloísa cuando se sentía abrumada y cansada de su jornada.

Sin embargo, cuando llegó, la puerta de la casa estaba abierta y Ania estaba de pie mirando la nada. Eloísaentró en silencio y con pasos sigilosos se acercó a ella, queriendo sorprenderla con su arribo.

—No te esperaba tan temprano — dijo Ania sorprendiendo a Eloísa —. ¿Soñaste conmigo?

Se giró Ania para mirar a Eloísa, que estaba anonadada de que la hubiera descubierto mucho antes de que se acercara a ella. Eloísa se ruborizó ante la pregunta de Ania, quien descubrió el adorable sonrojo de la diseñadora. Ania había estado en los sueños de Eloísa, por eso sabía lo que había soñado y se sentía más unida a ella.

— ¿No tenía el permiso de soñar contigo?

—Los sueños no son algo que se puedan controlar, Eloíse.

Cambió la letra a por la e y le dio un tono más seductor.

—Traje café y algunos panes para desayunar — dijo Eloísa con las piernas temblando sosteniendo el café y la bolsa del pan.

—Vamos a desayunar — dijo Ania enlazando uno de sus brazos con uno de Eloísa.

Tomaron el desayuno en la habitación de Ania, la cual, como siempre, estaba impecable, era como si nunca pernoctara allí, pero a Eloísa le gustaba eso de ella.

Ania había comenzado a extrañar y a echar de menos a Eloísa, por eso es que había decidido invadir sus sueños, una manera fácil de estar con ella y no sentirse sola. Despedirse de Eloísa no le resultaba fácil, muchas veces había estado tentada de decirle que se quedara, que pasara la noche en la Quinta y en la habitación, que, al fin y al cabo, ella estaría allí cada día por esos dos meses.

Aquel día, Eloísa se sintió observada y vigilada por ojos invisibles, hasta qué pasado el mediodía, descubrió a Ania mirándola a escondidas.

—Porque no vienes y dejas de mirar a hurtadillas — le dijo Eloísa por primera vez ofreciéndole una sonrisa a Ania.

—No quiero interrumpir ni molestar — dijo mostrándose.

—No molestas.

Pero Ania jamás se dejaba ver con las demás personas que llegaban a la casa para hacer las reformas. Eloísa era la única que tenía contacto con ella, llegando a desaparecer cerca de una hora, dejando solos a sus trabajadores, que la echaban de menos, y al buscarla, la encontraban hablando sola en la habitación que no dejó sacaran todos los muebles.

Una tarde, Eloísa era la única que quedaba en la Quinta. Para ese momento, la casa estaba completamente pintada, tanto por dentro como por fuera, excepto la habitación de Ania, esa sería la última parte de la casa que se arreglaría, así que por lo demás, todo iba viento en popa y todo

marchaba conforme a los planes de Eloísa.

Esa tarde, el cielo se había tornado de un color azul oscuro, amenazando con una tormenta, al tiempo que algunos truenos se dejaban escuchar a lo lejos. Eloísa había comenzado a despedir a cada uno de los trabajadores antes de que la tormenta llegara hasta ellos. Sin embargo, para cuando ella estaba por abandonar la casa, la lluvia comenzó a caer y con ella los truenos, rayos y relámpagos hicieron su aparición, convirtiendo todo en oscuridad a su derredor.

Eloísa se sorprendió en el momento en el que abrió la puerta para salir de la casa y miró el tremendo aguacero que caía del cielo acompañado de una tormenta eléctrica. El viento había hecho que la briza llegara a su cara y su piel se erizara ante la de repente frialdad del clima.

—Por eso te dije que te quedaras.

La voz de Ania detrás de ella la sorprendió, pero le agradó el hecho de tener una excusa para quedarse más tiempo y esta vez solo para estar en su compañía.

—Voy a comenzar a creer que eres una bruja — dijo Eloísa cerrando la puerta.

En ese momento, un trueno resonó con fuerza en todo el cielo, el relámpago se coló con fuerza a través de los ventanales y la casa quedó a oscuras. Eloísa sintió miedo y su cuerpo se tensó por completo. Le daba miedo la oscuridad y también las tormentas. Era miedosa casi a todo, sobre todo a los fantasmas y Eloísa creía que iba a aparecer uno en ese momento, pero lo que sintió, fue el cobijo que nadie nunca le brindó de joven para ayudarle a superar ese miedo a cosas que quizás no existían.

—No debes porque temer — la consoló Ania abrazándola —. Yo quitaré tus miedos.

—Ani — susurró Eloísa abrazándose a Ania con fuerzas mientras cerraba los ojos e inspiraba ese aroma que ya comenzaba a serle familiar.

—Estoy aquí, Eloísa. Siempre estaré aquí. Para ti.

Ania comenzó a deslizar sus manos suavemente por la espalda de Eloísa a modo de calmar la angustia y su ansiedad. Pasaron varios minutos antes de que la luz volviera, pero la tormenta continuaba igual o quizás con más fuerzas.

—No temas — le dijo Ania acariciándole la mejilla con una mano.

Eloísa cerró los ojos al sentir el cálido tacto de Ania sobre su piel, nadie la había acariciado de ese modo, mucho menos consolado como si fuera un chiquillo asustado. Sentía vergüenza, pero al mismo tiempo le gustaba sentirse mimada, querida y protegida por Ania.

—Me siento estúpida — confesó Eloísa con apenas voz.

—No está mal tener miedo.

—Yo exagero. Me da gusto que seas valiente.

—Quédate — le pidió Ania mirando a Eloísa a los ojos —. Quédate esta noche.

— ¿Dónde dormiré?

—Conmigo.

Ania siempre había tenido la necesidad de no dejarla ir, pero hasta ese momento se le había presentado la oportunidad de tenerla esa noche. Solo deseaba una noche y nada más. Quería sumergirse en ella, volver a sentir el calor de un cuerpo junto al suyo y no solo la frialdad de la noche.

En un abrir y cerrar de ojos, la noche había caído totalmente y la tormenta no hacía más que volverla más oscura y fría. Ania tomó de la mano a Eloísa, comenzaban a subir las escaleras cuando un rayo cayó haciendo que la luz se fuera de nueva cuenta.

—No tengas miedo, estoy contigo. Recuérdalo siempre — le repitió Ania pegándose a Eloísa.

Aun así, Eloísa sacó su celular para alumbrarse. Con esa pequeña luz y con Ania a su

lado, se sintió menos asustada. Caminaron en silencio hasta la habitación, en donde apenas llegar, Ania hizo que Eloísa se sentara en la cama y se quitara los zapatos, mientras que la diseñadora obedeció como una niña de tres años obedece a su madre.

Una vez descalza, la acostó en la cama y Ania lo hizo detrás de ella, para abrazarla por la espalda y rodearla con sus brazos. Eloísa, en lugar de sentirse incómoda por la cercanía de quien en un principio considerara loca, pero que ahora sabía no tenía nada de eso, sino que era una mujer empática y cariñosa, capaz de transformar el mundo con una de esas sonrisas que a ella la dejaban con el agua en el culo, o sea anonadada.

—No tengas miedo, Eloís — le susurró Ania junto al oído —. Estoy aquí, para ti.

—Gracias — dijo Eloísa tomando una mano de Ania entre las suyas.

Afuera, la tormenta seguía cayendo sin clemencia, la lluvia golpeaba la ventana de la habitación de Ania y los relámpagos seguían alumbrando la habitación en penumbra. Eloísa mantenía los ojos cerrados, no le interesaba ver la oscuridad, ni las sombras que podrían haberse dibujado cuando el relámpago iluminaba la estancia. De lo único que se permitía ser consciente, era de la cercanía del cuerpo de Ania junto al suyo y de sus manos entrelazadas con fuerza.

Ania respiró de cerca el aroma de Eloísa, ese que le recordaba a las manzanas y a los duraznos que había en el huerto. Su calor hacía que se sintiera más viva que nunca y experimentó que todo a su alrededor tenía sentido, poco después fue consciente de que Eloísa se había quedado dormida y se alegró de que su presencia le hubiera servido para que lograra entrar al mundo de los sueños.

La tormenta demoró casi toda la noche, pero Eloísa durmió sin despertar ni una sola vez, ni siquiera extrañó su cama o su apartamento. Durmió como un bendito y cuando abrió los ojos descubrió que ya había amanecido y que Ania estaba mirándola dormir. Se ruborizó.

—Buenos días — la saludó Ania cantarinamente feliz de que esa mañana no se encontrara en medio de la casa mirando el techo como cada día —. ¿Dormiste bien?

—Sí, gracias. Buenos días.

Ania besó la mejilla de Eloísa y se alejó de ella para presentarle él desayunó de aquella mañana. Presentó ante Eloísa, una bandeja llena de manzanas y duraznos maduros, mientras que en sus labios se dibujaba una sonrisa completamente de satisfacción por ser ella quien ahora le proporcionaba alimentos.

—Frutas frescas — dijo Ania.

— ¿Has ido tan temprano?

—Claro, quería ver el día después de la lluvia y me temo que dejó desastres.

— ¿Por qué lo dices? ¿Has mirado las noticias en tu celular?

—No, lo digo por lo que han visto mis propios ojos. El viento tiró algunos árboles cerca de la casa, así como ramas, y también hay algunos árboles de manzana y duraznos derribados.

Eloísa se frotó los ojos con las manos antes de ponerse de pie y revisar su celular para ver las noticias de lo que pudo haber acontecido con la tormenta de anoche. Ania la miró con atención mientras tomaba su celular para informarse y Eloísa se quedó asombrada por lo que observó. La tormenta inesperada había causado algunos daños en la ciudad, inundado varios suburbios, tirado árboles, dejando incomunicadas varias carreteras, entre ella la que llevaba hacia la Quinta.

— ¿Qué viste? — preguntó Ania a Eloísa al ver que se quedaba callada mirando la pantalla de su celular.

—Que la carretera que comunica a la ciudad con este lugar está bloqueada por caída de árboles, la tormenta de anoche fue bastante fuerte. Al parecer ninguno del personal que se

suponía debía de venir hoy podrá hacerlo y yo tampoco podré irme. Al menos no esta mañana —se lamentó Eloísa.

— ¿Tanto te molesta pasar un día conmigo? — inquirió Ania con cierto toque de tristeza en la voz.

—No me molesta pasar tiempo contigo — dijo sonriéndole y acercándose a Ania sintiendo que en ese momento solo existía ella —. Eres la única persona con la que he compartido momentos que no tuve la oportunidad de compartir con nadie. Me gusta estar contigo, Ani.

—Me gusta cuando me dices así.

— ¿Cómo? ¿Ani?

—Sí, me gusta cuando lo dices de esa forma tan dulce.

—Tu nombre es el más dulce que he escuchado — confesó Eloísa sin darse cuenta embrujada por aquellos ojos y aquel rostro que la tenían colgada de un fino hilo que daba al precipicio.

Ania se dio cuenta de que Eloísa había cambiado un poco del primer día en que la conoció. Ya no parecía mantener aquella coraza protegiéndola todo el tiempo, sino que ante ella la había dejado caer para solo mostrarse tal cual era y a Ania le gustaba que le dijera esas cosas. Le gustaba que la mirara de la forma en que lo estaba haciendo, porque sentía que su corazón y toda su alma se calentaba y la hacía sentir viva, tan viva como antes.

Ania acarició el rostro de Eloísa, que cerró los ojos ante las caricias de suaves manos, manos que seguramente no sabían de cómo lavar una taza sucia por café, pero que a Eloísa no le importaba, porque aunque aquellas manos no supieran de hacer nada, sí que sabían darle aquello de lo que carecía. Sus manos sabían darle consuelo, mostrarle el gesto de afecto en una caricia que desde la pérdida de sus padres ansiaba tener en su vida. Sin que Eloísa se lo esperara, Ania comenzó a acercar su rostro al de Eloísa y sin dejar de mirarla a los ojos, la beso suavemente en los labios.

Eloísa no se lo esperaba, pero le gustó sentir la suavidad de los labios de Ania sobre los suyos de una manera inocente. No intentó profundizarlo, solo rozó sus labios con los de ella, pero para Eloísa fue suficiente para hacer que su corazón se acelerara y sintiera que la corriente eléctrica que antes sintiera correr por sus venas fuera mucho más intensa que otras veces.

—Desayunemos — dijo Ania como sin nada arrastrando a Eloísa a la mesita de siempre para comerse la fruta —. Ya la he lavado.

Para Eloísa fue difícil que la fruta que masticaba pasara fácilmente por su garganta, pues aún se encontraba bastante agitada por el beso de Ania, a quien parecía no haberle afectado ni lo más mínimo, pues continuaba actuando normal y comiendo fruta como si nada hubiera pasado. Entonces, Eloísa pensó que quizás el beso solo había sido una manera de Ania para molestarla. Sin embargo, Ania se dio cuenta de lo que estaba pasando por la mente de Eloísa.

—Te besé porque deseé hacerlo — habló Ania mientras mordía una manzana y la miraba a los ojos —. Por si no te has dado cuenta, me gustas.

Eloísa se atragantó con el durazno que estaba comiendo y comenzó a toser mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, Ania, al verla, corrió de inmediato a ayudarla, hasta que Eloísa por fin volvió a respirar.

—Un día me vas a matar con las cosas que haces — confesó Eloísa mientras comenzaba a reír —. Pero me encanta la manera en que haces que todo lo que tenga planeando en mi cabeza estalle por tu culpa. Que toda yo estalle y no sepa qué hacer cuando dices las cosas tan de repente o hagas cosas como el besarme.

De pronto los ojos de Eloísa se llenaron de lágrimas y agachó la mirada para que Ania no la viera, pero esta se dio cuenta de lo frágil y sensible que Eloísa era. De no ser como era, jamás la hubiera visto y continuaría siendo invisible.

—Y a mí, me gusta que tus ojos puedan mirarme y tu alma abrazarme — le dijo Ania levantando su rostro con un dedo debajo de su barbilla —. Me haces feliz, Eloíse.

Eloísa la abrazó, sabía que la felicidad pocas veces se alcanzaba en la vida y ella había experimentado que la felicidad no era parte de su vida, hasta que se encontró con Ania, con aquella rara y extrovertida mujer que no le daba miedo mostrar sus sentimientos y que inesperadamente le hacía sentir cómo nunca antes se había sentido. Ania la hacía sentirse bien y feliz. Además de que en los momentos de miedo y de inseguridad, con su presencia la hacía sentir que nada malo podía pasarle. Por eso, ahora experimentaba la sensación de ya no desear que pasara el tiempo, porque en cuanto terminara con su trabajo, estaba segura de que Ania volvería del lugar en el que residía y Eloísa, regresaría a su simple vida habitual en la que estaba siempre sola.

Eloísa permaneció un buen rato abrazada a Ania, después de que deshicieran el abrazo, comenzaron a comerse la fruta a mordidas. Ninguna de las dos se había sentido antes, tan libres y cómodas ante otra persona, pero allí estaban, una delante de la otra, disfrutando de su compañía y de aquel sentimiento que comenzaba a generarse entre las dos.

Al terminar de desayunar, salieron fuera y Eloísa descubrió con sus propios ojos lo que la tormenta de anoche había hecho. Sin duda, tenía que traer algunos hombres para que cortaran los árboles caídos y despejaran el patio. El desastre retrasaría el proyecto, pero si le ponía ganas, acabaría en el tiempo justo.

— ¿En qué piensas? — le preguntó Ania al verla pensativa mientras miraba su alrededor.

—En que la tormenta va a afectar el tiempo en el que debería tener terminada la casa. Hoy no podrá venir nadie, seguramente cuando abran la carretera será tarde para que alguien pueda trabajar.

—Pero tendremos tiempo para estar solas tú y yo, otra vez — dijo Ania entrelazando una de sus manos con la de Eloísa, que miró sus manos y sonrió.

—Cierto.

Horas más tarde, Eloísa sufría de dolor de cabeza, necesitaba la cafeína, era adicta a beber café todas las mañanas y aunque esa había sido una buena mañana, desayunando fruta fresca cortada por la mano de Ania, ella necesitaba de esa bebida oscura y Ania la sorprendió frotándose las sienes.

— ¿Qué tienes? ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

— ¿Por qué? — inquirió acercándose a Eloísa para tallar sus sienes.

—Café. Necesito Café.

Ania se apartó de ella con una sonrisa y dejó de tallar sus sienes, Eloísa hizo un puchero, pero al final sonrió.

— ¿En serio es por eso?

—Sí, bebo café todos los días y soy adicta a la cafeína. Si no bebo, me duele horrible la cabeza.

— ¡Increíble! — exclamó mirándola divertida —. Ven, acompáñame.

— ¿A dónde? — preguntó Eloísa tomando la mano que Ania le ofrecía.

—Afuera, donde está la parte de la piscina y asar carnes. Hay una bodega en la cual seguramente debe de haber algo para ti, como café.

—Debe de estar caducado y no hay una cocina como tal — dijo Eloísa siguiendo a Ania.

—Tenemos carbón y otras cosas para hacer fuego, Eloíse.

A Eloísa le temblaron las piernas cuando escuchó a Ania decir su nombre de esa forma, pero continuó tomada de su mano, siguiéndola como un cachorro. Ania abrió la puerta sin problemas y sin llaves.

— ¿Eres maga? — le preguntó Eloísa.

—No, pero por ti hago cualquier cosa — y le guiñó un ojo.

Como era de esperarse, la bodega estaba oscura, pero Ania sujetó fuerte la mano de Eloísa y esta no se quejó, ni dijo nada al respecto, solo se dejó guiar por Ania que parecía conocer aquel lugar hasta con los ojos cerrados e incluso hasta sin luz. Eloísa agradeció que parte de su cuerpo entraran en contacto de vez en cuando y que de esa forma le diera la seguridad que necesitaba para continuar en lo que parecía ser la boca del lobo.

—Tengo tu café — dijo triunfante Ania.

— ¿Y si está caducado?

—Lo dudo, pero no creo que te pase nada malo.

— ¿Quieres matarme?

—Eso jamás, Eloíse — expresó con voz solemne —. Nunca querría que te pasara algo.

Una vez fuera, Ania buscó carbón y vació un poco en un asador pequeño, pasado unos minutos lo encendió, después encontró un pocillo, le llenó de agua y lo puso al calor de las brasas ante la mirada de asombro de Eloísa, que no podía estar más que fascinada por lo que Ania sabía hacer. Eloísa no tenía idea de cómo prender fuego, nunca había tenido convivencia con ese tipo de cosas, lo único que sabía prender era la estufa.

Mientras Ania se aseguraba de que el pocillo tuviera suficiente calor, Eloísa se atrevió a abrazarla por la espalda. Ania la había escuchado acercarse, conocía perfectamente su manera de caminar y el ruido que hacían sus zapatos en el suelo.

Antes de sentir el contacto de Eloísa, Ania recordó cuándo era una niña y su abuelo la mandaba a campamentos, para deshacerse de ella y sus berrinches. Pero ella solo deseaba estar con su madre y ese era un modo que empleó intentar hacerlo, sin embargo, no funcionó.

Eloísa respiró el aroma suave de Ania, su olor le recordaba a las margaritas, pero ahora, olía ligeramente a humo, aun así, le parecía una mezcla exquisita y hundió su nariz en el cuello de Ania, quien se estremeció ante el gesto, mientras contenía la respiración. Sin darse cuenta, Eloísa deslizó su nariz hasta el cuello, Ania continuaba muy quieta experimentando la agradable sensación de la caricia de Eloísa sobre su piel.

Ania se dio la vuelta y quedó de frente a Eloísa que la miró con los ojos nublados por el deseo llameante en sus pupilas, sin dudar, Ania volvió a posar sus labios en los de la mujer que la miraba con el fuego ardiendo. En esta ocasión, los labios de Eloísa se entreabrieron para saborear la boca de Ania, probar la dulzura que había en su saliva y sentir la suave caricia que sus manos le daban sobre la nuca.

Eloísa decidió sacudirse la pena y llevó sus manos a la cintura de Ania para estrecharla junto a su cuerpo, que se encontraba hambriento por primera vez de sentir el cuerpo de una mujer junto al de ella.

—Ani — susurró Eloísa cuando despegó sus labios de los de Ania —. Me gustas mucho, Ani.

Ania sonrió ampliamente y le mostró a Eloísa aquella hilera de dientes blancos y perfectos como de comercial.

—Sobre todo, me encanta tu sonrisa.

—Y a mí, me encanta que me hagas sentir viva.

Pasado algunos minutos, el agua que Ania había puesto en un pocillo y tapado, comenzó a hervir. Eloísa tomó la taza que Ania había encontrado y le puso café.

— ¿Qué haces? — le preguntó Ania cuando vio lo que hacía.

—Ya está hirviendo el agua, ¿No?

—Sí, pero el café no es soluble. Este se debe de echar en el agua cuando está hirviendo — dijo tomando la bolsa de café y echando unas cucharadas al pocillo que había retirado de las brasas —. Ahora debemos esperar a que se asiente un poco, para que puedas beberlo.

—De acuerdo.

Eloísa se sentía muy torpe, no sabía diferenciar de un café a otro.

Mientras esperaban a que se asentara, Ania se sentó en el suelo y Eloísa, a pesar de que no era fan de sentarse en los lugares no muy salubres, con tal de estar cerca de Ania se acomodó junto a ella.

El día continuaba siendo nublado y pintaba a que continuaría lloviendo, aun así, en ese instante no le importaba nada más que estar junto a Ania. Permanecieron en silencio mientras sus manos jugaban, sus dedos se enredaban y se deshacían para volver a empezar otra vez, incansablemente, hasta que Ania en determinado momento se puso de pie para servirle el café a Eloísa.

—Espero te guste — dijo Ania entregándole la taza con la bebida humeando, haciendo que el aroma llegara de inmediato a Eloísa, que inhaló hasta llenarse los pulmones y sonrió al tomar la taza de manos de Ania.

—Gracias. Huele delicioso.

Ania volvió a acomodarse en el suelo junto a Eloísa, que no perdió tiempo en beber la bebida oscura y que poco después Ania bebería de la misma.

Capítulo 5

Eloísa volvió a pasar otra noche en la Quinta, la lluvia que inició pasado el mediodía no permitió que reabrieran la carretera, así que de nueva cuenta tendría que quedarse en la casa con Ania, quien estaba feliz de tener compañía otra vez. Mientras que Eloísa estaba entre el encanto y la desgracia de que su trabajo se viera retrasado.

—Porque no dejas de pensar en el trabajo y disfrutas de pasar el tiempo conmigo — le dijo Ania cuando se encontraban en la habitación con algunas velas encendidas.

La luz tampoco había regresado y afuera seguía lloviendo tanto o más que el día anterior. Ania y Eloísa se habían pasado el día comiendo fruta, bebiendo agua y de vez en cuando café, mientras veían la lluvia caer a través de las enormes ventanas de la casa.

Antes, ninguna de las dos había compartido con alguien un momento tan simple como ese o como los anteriores. Pequeñas cosas que las hacían sentir bien, apreciando la compañía de la otra, una que antes no habían tenido y que sin esperárselo las hacía sentir menos infelices. Sintiendo que, por fin, encontraban a alguien con quien no pasaban desapercibidas.

∞∞∞

Eloísa llevaba dos días con la misma ropa y ahora le daba pena pasar un día más en esa misma condición en compañía de Ania, que lucía impecable como siempre. Se había lavado en algún momento en el que Eloísa no se dio cuenta, pero el caso es que ya llevaba ropa limpia y ya no olía a humo.

Ania era todo un misterio para Eloísa, quien se encontraba fascinaba por el aura que rodeaba a la hija de Moscoa, quien tenía una mezcla de niña rica con salvaje, que le encantaba. Por eso, cuando la vio con ropa limpia e impecable, no se dio cuenta en el momento en que fue a darse un baño. Con Ania, las cosas eran fascinantes.

— ¿Me prestarías ropa? — preguntó Eloísa tímidamente a Ania.

—Después de los besos que me has dado, temes pedirme cosas.

Ania fue en busca de prendas para Eloísa y al entregárselas, le dio un beso en la mejilla.

—Te espero en la cama.

Aquellas palabras hicieron que toda la espina dorsal de Eloísa se erizara. Ese día habían pasado la mayor parte del tiempo jugueteando o besándose por cualquier tonta excusa y ahora, mientras se lavaba en cuerpo, pensaba muchas cosas y se ponía nerviosa.

Al salir de la ducha, Ania estaba sentada en la cama como una niña buena y a Eloísa le gustó observarla bajo la luz de las velas. Eloísa no sabía de romances, pero la escena le pareció romántica y se quedó de pie mirando a Ania, que observaba sus pies como si en ellos hubiera algo raro. Entonces, Ania levantó la vista y la descubrió mirándola.

—Ven — le dijo Ania estirando su mano hacia ella.

Eloísa se acercó embrujada por su dulce encanto y tomó su mano, la cual estaba por primera vez extrañamente fría.

— ¡Que fría! — manifestó Eloísa envolviendo sus manos en las de Ania para darle calor.

—Tengo frío, es tu culpa por hacerme esperar demasiado.

—Lo siento — se disculpó acercándose a ella.

Pero en un acto repentino, Ania se trepó a la cama, poniéndose de rodillas en la orilla,

mientras le sonreía a Eloísa, que sonrió igualmente sorprendida por la travesura que Ania le jugó cuando se acercaba. Aun así, Ania buscó a Eloísa y llevó sus manos al cabello húmedo, hundió sus dedos en él y los utilizó como un peine provisional.

La primera vez en que Eloísa se duchó allí por el incidente de haberse orinado, nunca se acordó de desenredar su cabello y se la pasó el resto del día con un nido de pájaros en la cabeza y cuando se dio cuenta de su aspecto, fue hasta que estuvo en su apartamento. Por eso, ahora, Ania se encargaba de desenredárselos por ella.

Ania sentía la intensa mirada de Eloísa en ella, podía apreciar lo fascinada que la diseñadora estaba por ella. Nunca nadie la había mirado de esa forma y su espíritu no hacía más que sentirse grande y fuerte.

Para Eloísa, era un gesto de cariño el que Ania le desenredara los cabellos. Ya que su madre, fue la única persona que hizo eso por ella cuando era una niña, porque luego de su muerte y quedó huérfana, fue enviada a un internado. En aquel lugar, exclusivamente para mujeres, al no saber peinarse, le cortaron el pelo, ya que los primeros días fue todo un desastre para peinarse y atarse la melena en una cola, así que para que no tuviera problemas y no anduviera despeinada, sin siquiera pedirle opinión, le cortaron el cabello y lloró al verse pelona como si fuera un niño.

Odiaba sentirse pequeña e indefensa en aquel lugar, sin nadie a quien recurrir para pedirle ayuda y la sacara de allí. La única persona que se suponía debía quedarse con ella y cuidarla, la había legado en ese sombrío y frío internado. Fue hasta la edad de quince años en la que terminó de perder la fe y la esperanza en que su tío o alguien la trataría o le daría, al menos un mínimo gesto de cariño y la atención que necesitaba.

Por eso, se encontraba disfrutando de lo que Ania estaba haciendo, extrañaba la sensación de relajación que ofrece un pequeño mimo como ese.

Cuando Ania terminó de acicalarla como si fueran monos, colocó sus manos en las mejillas de Eloísa y sin dejar de mirarla a los ojos, acercó sus labios a los de ella y la besó, intentando demostrar en ese gesto lo que sentía por ella. Y no es que antes no lo hubiera hecho, es que en ese instante sentía que Eloísa lo era todo para ella, era esa persona que había deseado tener a su lado, para que la hubiera guiado por buen camino, o bien, hubiera sido ella la que la llevara por el malo.

Si hubiera conocido a Eloísa antes, mucho antes que todo ocurriera, probablemente su existencia en este mundo sería diferente. La diseñadora era la compañía perfecta, esa que nunca encontró por mucho que buscó en tantas partes y de muchas maneras, pero en todas fallaba, dejando un vacío cada vez más grande del que ya había en su alma y ni su abuelo, ni su madre, podían entenderla.

Sobre todo su madre, ella menos que nadie se tomaba la molestia de saber que le pasaba o porque hacía lo que hacía. Entonces, el dinero fue el único consuelo que Ania comenzó a recibir como disculpa por ausencias. Con esto, vino la compra de la falsa felicidad y cuando descubrió ese mundo lleno de alegría, se le hizo muy difícil salir de allí, tenía todo lo que necesitaba, pero se engañó a sí misma.

Ania pensaba en todo esto, cuando Eloísa probó el sabor a sal de una lágrima y no era de ella, sabía perfectamente que era de Ani. A pesar de que no hubiera luz, Eloísa abrió los ojos y sin dejar de besarla, miró el rostro de la mujer delante de ella. La diseñadora llevó sus manos a aquel rostro y secó sus lágrimas con la yema de sus dedos.

— ¿Por qué lloras?

—Porque te conocí muy tarde.

— ¿Estás casada? — la pregunta que hizo le quemó la lengua y le volvió el corazón en un

puño.

El solo pensar en que su respuesta fuera sí, le destrozaba el alma.

—No.

— ¿Comprometida?

—Tampoco.

—Entonces no es tarde para mí.

Quizás para Eloísa no lo fuera, pero para Ania sí y se lamentaba cada que se miraba reflejada en aquellos ojos que la miraban como nadie lo hizo.

—La lluvia me pone sentimental — susurró con los labios rozando la mejilla de Eloísa, mientras sus brazos le rodeaban el cuello.

—Comparto el sentimiento, pero ayer y hoy han sido diferentes para mí.

— ¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué? Cuéntame tu secreto.

—Si te lo dijera dejaría de ser secreto — le dijo muy bajo al oído.

Ania sintió cómo toda su piel se erizaba y aquel corazón que creía muerto e inexistente dentro de su pecho, comenzó a latir con desespero y emoción. La llama que una vez encendiera a base de drogas y alcohol, cobró vida sin necesidad de nada más que de una mujer que la miraba a través de la pureza que había en ella. Esa era la razón por la que Eloísa la veía y la sentía. Nadie jamás lograría verla, solo Eloísa y deseaba entregarse a ella con el alma. Entregarse de la manera en la que nunca lo hizo con nadie.

Ania deseaba sentir el amor de Eloísa, quizás era muy pronto para sentir aquello, pero a pesar de su nula experiencia, podía sentir la conexión que había entre ellas, desde la primera vez en que se vieron, desde que Eloísa la vislumbró y no dejó de verla jamás y ahora aquellos ojos la miraban con adoración, anhelo y esperanza.

—Quiero estar contigo — dijo Ania mirando a Eloísa a los ojos —. Ser tuya, quiero sentir que de verdad estoy viva, aunque sea mentira.

A Eloísa no le parecía extraño que Ania dijera este tipo de cosas, pero ella también experimentaba ese deseo. El ambiente de las velas, hacía el espacio romántico y la incitaba a hacer lo que Ania acababa de decirle.

—Yo no soy de mentira.

—No, tú eres lo más real y puro que he conocido en mi vida. Te amo.

—Yo…

—No tienes por qué sentir lo mismo y mucho menos decírmelo si no lo sientes — le aclaró Ania acariciándole las mejillas.

—Siento cosas por ti, pero no sé si es amor, aún — confesó Eloísa con timidez.

Ania sonrió y Eloísa la miró de nueva cuenta con intensidad, haciendo que Ania se derritiera bajo aquellos ojos.

Ania la besó en los labios, ya no deseaba hablar, sino solo sentir y Eloísa se entregó al sensual y lento beso. Ania se apartó de ella, dejando a Eloísa con la boca entreabierta y sedienta de más. Al ver que la tenía en la palma de su mano, se dejó caer en la cama y Eloísa fue tras ella, mientras la llama de las velas danzaban y daban más calor.

Eloísa besó a Ania de manera hambrienta, pero lenta. En determinado momento sus lenguas llegaron a un encuentro y Eloísa sintió que las bragas que había acabado de ponerse se humedecían. Jamás se había sentido tan excitada por una mujer en su vida, mucho menos siendo atrevida para comerle la boca de la manera en que lo estaba haciendo con Ania, quien le había

levantado la playera y ahora acariciaba su piel expuesta de la espalda.

Entre beso y beso, la ropa que llevaban puesta fue cayendo a los pies de la cama, mientras Ania dejaba su cuerpo a la voluntad de los deseos de Eloísa, quien la llenaba de besos y tiernas caricias que la mantenían al borde del llanto, la alegría y la excitación. Era toda una mezcla de sensaciones que nunca imaginó llegar a experimentar en sus cinco sentidos, pero que ahora esa sensación le abrumaba y la hacía feliz.

Estaban completamente desnudas y Eloísa experimentaba por primera vez lo que era amar a una mujer. El cuerpo suave de Ania bajo el suyo era como hallarse sobre las nubes blancas en el cielo bajo el calor del sol y que ese calor que sentía, era proveniente de la anatomía que recorría de arriba abajo sin fin.

Ania, por su lado, podía sentir sobre su pecho las palpitaciones del corazón de Eloísa, un corazón que casi podía sentir suyo, porque Eloísa la estaba amando de la manera en que nadie lo hizo. Su cuerpo, por primera vez, reaccionaba de manera natural y no llevada por el influjo de las drogas. Su respiración se estaba volviendo cada vez más rápida, sus sentidos se encontraban alerta, pero solo para ser consciente de donde se posaban las manos o la boca de Eloísa.

—Ani — susurró Eloísa —. Ani, Ani.

La voz entrecortada de Eloísa, pronunciando su nombre, la hizo sentir plena y feliz. Estaba experimentando la felicidad verdadera, no aquella que producía el alcohol o las drogas. Su droga de ese momento era Eloísa, acariciándola y diciendo su nombre de la forma más dulce que había escuchado jamás. De pronto, su cuerpo se arqueó, sus músculos se tensaron y su orgasmo la arroyó como si se tratara de una ola enorme o bien como la tormenta de la noche anterior. Dejó escapar un largo gemido mientras sus uñas se enterraban en la carne de la espalda de Eloísa, que no dejaba de decir su nombre en diminutivo, ese que la hacía sentir especial y amada.

Eloísa se deslizó a un costado a la espera de que Ania recuperara las fuerzas y el aliento, mientras tanto, ella continuaba dejando besos en el hombro y cuello de Ania, que aún mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Al ver los labios rojos e hinchados por los besos, Eloísa no pudo evitar deslizar su dedo índice sobre ellos, sentir la suave textura que probaba su boca cada que los besaba y que esa noche le había gustado chupar y morder.

Ania abrió los ojos y miró a Eloísa, que seguía delineando sus labios. La mirada de Eloísa era profunda y oscura, al igual que la de Ania. La luz de las velas no les permitía verlos con claridad, pero ninguna de las dos necesitaba demasiada claridad para saber de qué color eran y como se veían reflejados en ellos.

Ania tomó la mano de Eloísa y empujó aquel dedo travieso dentro de su boca, lo comenzó a lamer despacio, mientras la diseñadora sentía que el calor entre sus piernas volvía a encenderse. Después, Ania comenzó a chuparlo y Eloísa cerró los ojos ante el placer que sentía de aquel simple gesto.

— ¡Oh, Ani! — jadeó Eloísa.

Mientras chupaba su dedo, llevó su mano libre hasta el sexo empapado de Eloísa, que no se puso nerviosa ante la exploración de Ania, quien sería la primera mujer en su vida en tomarla y entregarle su castidad.

No tenía miedo, por primera vez no temía de lo que estaba pasando. Con Ania podía ser ella, podía mostrarse tal cual era, se sentía cómoda en su presencia y sobre todo, tenían algo en común y eso era la soledad. Una que, al encontrarse, había desaparecido para darle paso a la esperanza y al deseo de verse de nuevo cada mañana de cada día.

Eloísa jadeó y abrazó con todas sus fuerzas a Ania, cuando su orgasmo mermó y tuvo el

aliento suficiente para hacerlo. Ania correspondió a su abrazo, sintiendo la misma felicidad de Eloísa. Se miraron a los ojos y entonces las dos dijeron:

—Gracias.

Se daban las gracias por haberse regalado el momento más íntimo de su incipiente y rara relación, en la cual, ambas habían sabido entenderse y comprenderse en poco tiempo. Ninguna de las dos preguntó por qué se daban las gracias, la complicidad estaba allí, no hacía falta decirlo, se entendían de maravilla y Eloísa pudo decir esta vez lo que su corazón y su cuerpo clamaban por decir en voz alta.

—Te amo.

Las palabras que Ania había deseado escuchar alguna vez, salieron de labios de Eloísa desde el fondo de su corazón, con ese temor que hay en dejar saber lo que verdaderamente sientes por la otra persona y la manera en que Eloísa lo confesó, hizo que Ania se enamorara más y más, mientras que al mismo tiempo pensaba que ese amor iba a hacerle daño a ambas en corto tiempo.

Aunque Eloísa no le hubiera dicho esas palabras, ella lo sabía, lo había mirado en sus ojos, en la manera de tocarla y en los detalles de cada día al llevarle alimento, haciéndola sentir lo que nadie en su vida pudo hacerla sentir. Ninguno, ni siquiera su madre, se había preocupado por ella en saber si se alimentaba o no, quizás para Eloísa no significaba mucho, pero para Ania ese detalle valía mucho más que el oro.

—Yo también te amo — dijo Ania con un hilo de voz —. Y por eso, creo que mereces saber un poco más de mí.

El tono serio en la voz de Ania, hizo que Eloísa se pusiera seria y que contuviera la respiración, a la espera de que no todo podía ser felicidad, al menos no para ella, que estaba destinada al desamor y a la soledad.

—Yo era una persona adicta a las drogas y al alcohol — confesó Ania por primera vez a alguien, aceptando su defecto y error.

—Pero ya lo has dejado ¿Verdad? — quiso saber Eloísa mirando con intensidad a Ania a los ojos.

—Sí, hace un par de años. Estoy libre de ello y es la primera vez que me siento viva de verdad sin necesidad de recurrir a ese tipo de cosas. Me siento feliz en este momento contigo — dijo tomando el rostro de Eloísa entre sus manos y rozando su nariz en la de ella —. Llegaste a esta casa para hacerme dichosa y amada, Eloíse. Nadie me ha mirado de la forma en que lo haces tú.

Eloísa no dijo nada, simplemente se permitió disfrutar de aquellas palabras. Ella también se sentía viva y feliz.

Afuera, la lluvia había cesado y ellas hacía mucho se habían olvidado de lo que sucedía alrededor. Las velas estaban por terminar de consumirse y Ania se levantó de la cama para apagarlas antes de que se quedaran dormidas, pues Eloísa había empezado a dormitarse abrazada a ella y Ania quería permanecer a su lado toda la noche.

Eloísa se sacudió el sueño para ver a la silueta de Ania desnuda bajo la luz de las velas. Era hermosa, la más hermosa que hubiera podido conocer en su vida. Ahora sabía que no era extraña, lo que sucedía es que eran diferentes, sobre todo en sus estilos de vida. Mientras Ania apagaba las velas, Eloísa se embebía de lo que veía, ni siquiera tuvo miedo cuando todo quedo en penumbras, Ania había logrado de alguna manera hacerla sentir a salvo.

—Pensé que te habías quedado dormida — dijo Ania cuando estuvo de vuelta a la cama y Eloísa la rodeo de inmediato con sus brazos y en su calor corporal.

— ¿Quién podría hacerlo con el espectáculo que tenía delante de mí?

—Descarada — expresó dándole una nalgada a Eloísa, la cual, sonó en toda la habitación.

— ¿Cuántos años tienes? — quiso saber la diseñadora mientras su boca merodeaba sobre un seno de Ania.

—Ya te lo he dicho antes.

—Tu respuesta no sonó muy convincente esa vez y no te creí.

— ¿Consideras que tengo más de treinta?

—Tal vez — respondió Eloísa con una media sonrisa en sus labios.

—Treinta y siete.

— ¡Que! — exclamó borrando la sonrisa que había en su rostro.

—Soy vieja, lo sé y tú, muy joven.

—No me pareces que tengas esa edad — aclaró Eloísa avergonzada por su expresión y descansando su mejilla sobre el pecho de Ania, que le acarició los cabellos —. Te ves más joven.

— ¿Cuántos tienes tú?

—Treinta y uno.

—Eres una manzanita fresca — dio un suspiro —. Duerme, Eloíse. Yo cuidaré tus sueños.

Eloísa despertó alrededor de las seis de la mañana y Ania ya se encontraba despierta, pero se encontraba inmóvil para que su acompañante siguiera disfrutando de los sueños.

—Estoy despierta — anunció Ania a Eloísa cuando intentaba moverse con cuidado.

—Pensé que seguías dormida — dijo dejándose caer de nuevo sobre Ania.

—No, hace mucho que desperté.

Alrededor de las nueve de la mañana, Eloísa miró las noticias otra vez para informarse de los nuevos acontecimientos en la ciudad y para su suerte, ya habían reabierto la carretera, era su momento de volver para ponerse a trabajar de nuevo. Además de que la luz también había vuelto, todo parecía volver a la normalidad, excepto ella, que cuando estuvo por salir de la puerta, sintió los ojos de Ania sobre ella, quemándola como el sol.

A pesar de lo que había pasado anoche, ninguna de las dos habló sobre en qué situación se encontraban. Sin embargo, no habían cesado de darse mimos y muestras de afecto. Eloísa se dio cuenta de que al enterarse de que podía volver a la ciudad, se había olvidado de avisarle a Ania sobre sus planes de ese día.

—Debo ir a la ciudad, necesito traer personal para que corten los árboles caídos y otros para que continúen con la remodelación.

—Bien — respondió Ania queriendo decir algo más, pero no se atrevía, por primera vez temía decir en voz alta lo que deseaba.

—Yo, volveré — y le dio un beso en los labios a Ania de despedida.

— ¿Te quedarás esta noche? — le preguntó tomándola de la blusa en un gesto de timidez y nerviosismo.

— ¿Quieres que me quede? — inquirió sujetando la mano de Ania que había tomado su ropa.

—No veo caso que vayas y vengas todos los días a la ciudad cuando puedes quedarte aquí, conmigo. Juntar tu soledad y la mía. Hacerla sola una, como tú y yo anoche.

—Entonces traeré ropa y algunas cosas.

—Bien — dijo Ania respirando ahora con alivio —. Te veo más tarde.

—Sí.

Ania sonrió feliz y como era su naturaleza, besó a Eloísa efusivamente en los labios. La diseñadora partió de la Quinta feliz, no sabía que sería de ellas cuando su trabajo allí terminara, pero deseaba que continuaran viéndose, para darse la oportunidad de tener a alguien en su vida.

Capítulo 6

Los árboles caídos y ramas fueron retirados. En la casa, las obras volvieron a tomar su curso y Eloísa cada vez se sentía más cómoda en aquel lugar, la sentía como su casa y Ania se había convertido en su dulce refugio. Las noches habían dejado de ser frías y solitarias para ambas, la compañía de Ania resultaba maravillosa y las dos se sentían en una especie de sueño.

Habían tomado la costumbre de ducharse juntas, después de una semana de que Eloísa comenzara a pasar las noches con Ania. Los días para Eloísa, a pesar de ser agotadores, mantenía la alegría y una vitalidad que antes no experimentó. Despertar con Ania a su lado cada mañana le daba la vida que deseó en secreto para ella cuando fuera adulta, pero que no había encontrado hasta ese momento, en que la señora Moscoa le pidió hiciera un trabajo para ella. No obstante, al pensar en el día que tuviera que verse con ella, no sabía cómo le iba a explicar que su hija estuvo allí y que durante ese corto tiempo se enamoraron.

Con cada día que pasaba, la casa fue tomando forma y se fue llenando poco a poco de lo que la hacía tener vida. Ania estaba sorprendida del cambio, antes cuando Eloísa le dijo lo que su madre le había pedido hacer, no estaba muy de acuerdo, pero ahora, sabía que era mejor, sus crudos y amargos recuerdos sobre lo sucedido eran menos fuertes que antes, pero sobre todo, lo que experimentaba se lo debía a Eloísa, la cual estaba a pocos días de terminar su trabajo y marcharse.

Cuando todo estuvo casi listo en la casa, comenzaron a desocupar el cuarto en el que Ania y Eloísa habían estado habitando. Para gran sorpresa de la diseñadora, cuando las personas que iban a sacar las cosas de la estancia, se asombró de que no hubiera nada de las pertenencias de Ania. Incluso, el colchón estaba sin sábanas y ella no se veía por ningún lado, era como si hubiera desaparecido y por más que Eloísa la buscó, no la encontró en ninguna parte de la casa.

Fue hasta la tarde en el que ya no quedaba ningún trabajador en la casa cuando Ania apareció y para Eloísa fue sentir que su alma volvía a entrar a su cuerpo.

— ¿En dónde estabas? — le preguntó Eloísa caminando hacia ella —. Te he estado buscando por toda la casa.

—Lo siento, me fui a caminar y no quería molestarte.

—No me molestas, Ani — dijo abrazándola.

Ania había estado necesitando ese abrazo hacía muchas horas, su energía se había ido y necesitaba del contacto y la presencia de Eloísa para volver a sentirse viva. No era una exageración, era la verdad. Se dejó envolver por los brazos de su amante, hasta ese momento no se habían proclamado novias, simplemente eran algo sin nombre, pero le gustaba que en eso extraño que tenían, sus sentimientos se mostraran de muchas maneras y una de ellas era el preocuparse por la otra.

Lo que ponía triste a Ania, era que Eloísa pronto se iría de la Quinta, su madre estaría de regreso y con su presencia en la casa, sería imposible que la diseñadora se quedara con ella.

—Los días deberían detenerse — manifestó Ania, aún abrazada a Eloísa —. Y quedarnos así para siempre.

— ¿Vas a irte? — preguntó temiendo la respuesta.

—Es lo más probable.

— ¿A dónde? ¿Por qué no te quedas? — inquirió sosteniéndole la mirada a Ania, mientras en ellos había una súplica difícil de ignorar —. Si no quieres vivir con tu madre puedes

vivir conmigo, ya hemos estado compartiendo habitación estos días.

—Que más me gustaría que ir contigo allá donde fueras, pero no puedo.

— ¿Por qué?

—Digamos que estoy atada a un lugar y no puedo dejarlo por más que quisiera.

Eloísa se apartó de Ania molesta, todas esas semanas que habían compartido juntas tuvo la suficiente paciencia para no preguntar más cosas sobre su vida y saber sobre a que se dedicaba. Esperó a que Ania le contara, pero hasta ese momento, a pesar de todo los momentos compartidos, continuaba guardándose todo y no le parecía justo. Ella le contó lo mucho y lo poco sobre su existencia, pero Ania solo había compartido pequeñas cosas y siempre hablaba en pasado, como si ya no hubiera un futuro para ella, como si le estuviera ocultando el que tuviera una familia o un secreto. Uno que haría que su relación cambiara.

— ¿Por qué no eres franca conmigo, Ania? — la cuestionó apartándose de ella y la miraba ahora con dolor en los ojos —. ¿Tienes a alguien que te espera fuera de este lugar?

—No, no hay nadie que me espere. Te lo juro — le aseguró Ania sosteniéndole la mirada.

—Entonces ¿Qué sucede?

—A veces quisiera que todo fuera diferente.

—Puede serlo, pero tú no quieres — expresó alejándose de Ania.

— ¿A dónde vas? — le preguntó Ania.

—Me voy.

Ania la vio subir las escaleras. Eloísa estaba enojada por primera vez con ella y Ania no podía retenerla, esta vez no podía hacerlo. Entendía que estuviera molesta, pero no podía decirle. De hacerlo, solo la asustaría y temía la manera en que fuera a reaccionar.

Ania se puso a llorar, sabía que iba a hacerlo en cuanta Eloísa se fuera, el día en que fuese, lo haría, pero había esperado que sucediera días más tarde. No obstante, el momento se adelantó y no se lo había esperado.

Cuando Eloísa bajó con su maleta, Ania estaba de pie en medio de la casa, como siempre, como el alma en pena que llora por la pérdida de su amante. De espalda y con los ojos cerrados, Ania escuchó a la perfección los pasos de Eloísa que se dirigían hacia la puerta y aunque había decidido no decir nada, no pudo evitar que de su boca saliera aquella palabra que nacía desde lo más profundo de su alma.

—Te amo, Eloísa. Esa es toda la verdad que debes saber y puedo decirte — dijo mientras miraba la espalda de la mujer que amaba.

Mientras que Eloísa, se encontraba con la mano en el picaporte de la puerta, quedándose inmóvil por lo que había escuchado, al tiempo en el que algunas lágrimas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas. Sintiéndose terriblemente confundida por aquella mujer que decía amarla, pero que no le tenía la confianza suficiente para decirle la verdad, una verdad que ocultaba y un amor con verdades a medias era imposible, pero, ¿Qué hacía ella con su amor? ¿Con lo que sentía?

Eloísa se dio la vuelta y miró a Ania a los ojos, también estaba llorando ¿Por qué el amor tenía que ser así? ¿Por qué tenían que llorar? ¿Por qué debía de haber secretos? ¿Por qué no podía quedarse y aceptar que Ania mantuviera ese secreto para sí sola? Quizás no estaba preparada para escucharlo o era muy pronto para saber de él y Ania quería estar segura de que ella era alguien con la cual se podía confiar.

Por otro lado, Eloísa no podía soportar esa mirada de dolor, esos ojos grises que gritaban el miedo a la soledad. Un miedo que ella misma sentía y ¿Por qué si la amaba iba a marcharse? ¿Acaso no podía continuar como lo había estado haciendo, ponerse una venda en los ojos y tener

esa dicha que hasta ese momento la había hecho feliz como nunca jamás?

—Yo también te amo, Ani.

Eloísa soltó sus cosas y corrió hacia Ania, que la abrazó tan fuerte como lo hizo Eloísa y ambas se echaron a llorar.

—Lo siento, Ani.

—No quiero que te disculpes. Tienes toda la razón en enojarte. Perdóname.

—Te amo tanto que soy capaz de hacerme sorda, ciega y muda, Ani. Tu motivo tendrás para tener tus secretos. Lo respetaré y espero en algún momento descubrirlo.

—Estoy segura de que en su momento lo sabrás, te lo aseguro — dijo mirándola a los ojos —. Ahora ámame, Eloíse. Llévame a ese mundo que solo tú sabes crear para mí y para ti.

Eloísa la tomó de la mano y subieron las escaleras a la nueva habitación que ocupaban, una vez allí, comenzaron a desnudarse mientras sus miradas estaban en contacto, Ania sabía que Eloísa ya la estaba besando con sus ojos, con esa forma tan intensa que tenía para mirarla y desarmarla como a un rompecabezas.

Tendidas en la cama, ambas danzaban la danza del amor. Eloísa volvía a deslizar sus manos por aquel cuerpo que estuvo a punto de abandonar esa tarde, no solo iba a dejar un cuerpo, sino que iba a desprenderse de algo más, de un sentimiento que se había vuelto tan profundo e intenso como el sol del verano.

Esa noche se amaron una y otra vez. Ania bebió de las mieles de Eloísa y viceversa. Cuando terminaron de amarse, Ania cubrió de besos el cuerpo de su amante nuevamente, iba a besarla hasta que se les desgastaran los labios, o bien, hasta que su amante se durmiera. Eloísa se dejaba, adoraba sentir la boca de Ania sobre su piel, percibiendo su amor por todas partes de ella, demostrándole un afecto que hace mucho no tenía y solo por eso, había aceptado que continuara guardando su secreto, pues la diseñadora presentía que no estaba muy lejos de descubrirlo.

—Quiero dormir — murmuró Eloísa con pereza.

—Duerme — le dijo Ania dejando un beso en su estómago.

—Me haces cosquillas y me está entrando frío — manifestó sonriendo.

Ania se detuvo y antes de ir por la cobija la besó en los labios. Tapó a ambas y se acostó junto a Eloísa, quien la abrazó y le dejó un beso en la mejilla.

—Te quiero, Ani.

—Yo también te quiero.

Pese a su alegría, Ania no pudo evitar que algo dentro de ella se marchitara, pero por esa noche, disfrutaría de la compañía de la mujer que había hecho que su existencia en el mundo fuera diferente. Aquella que la miró y se dio cuenta de su presencia.

Cuando Eloísa despertó, los ojos de Ania estaban puestos en ella. La miraba con intensidad, pero en el fondo de ellos, había algo parecido a la pena y dolor. Sin embargo, cuando Eloísa se percató de esto, Ania se acercó y la besó en los labios hasta dejarla sin aliento.

Una vez que tomaron café, salieron al jardín delantero, en donde ya las rosas y las demás plantas que Eloísa había sembrado con ayuda, estaban floreando, trayendo con esto a las mariposas.

Cuando Ania las miró, sonrió y Eloísa recordó aquello que la señora Moscoa le dijera “a mi hija le gustaban las mariposas” entonces Eloísa deseo que Moscoa viera su jardín y a su hija en ese instante. Probablemente, aquella tristeza y melancolía que había visto en ella, desapareciera.

∞∞∞

Dos días antes de que Eloísa tuviera todo terminado en la casa, la señora Moscoa la llamó por primera vez luego de varias semanas sin contactarse.

—Es tu mamá — le anunció Eloísa a Ania antes de tomar la llamada —. ¿Te gustaría hablar con ella?

—No.

Otra cosa que Eloísa había encontrado raro en Ania, es que nunca la había visto utilizar un teléfono celular, mucho menos comunicarse con nadie, era como si estuviera alejándose de todos en el mundo de alguna manera y que solo fuera ella la afortunada de estar con Ania en su exilio.

Eloísa se alejó un poco de Ania para poder hablar con Moscoa, pero Ania escuchó perfectamente que su madre estaría allí al día siguiente. Más pronto de lo que imaginó y Eloísa le confirmaba que tendría todo finalizado para esa tarde y eso solo significaba una cosa. Que el término de su aventura había llegado.

—Tu madre estará aquí mañana — le dijo Eloísa con cierta alegría acercándose a Ania.

—Me parece bien, pero cuando ella llegue yo no estaré aquí.

— ¿Por qué? ¿A dónde irás?

—Me iré de la misma forma en que vine.

— ¿Y yo? ¿Dónde quedo yo? ¿Lo nuestro?

—Tú — dijo Ania tomando una mano de Eloísa y se la colocaba en el pecho —. Tú te quedas aquí, en mi corazón. Grabada en mi alma, como en mi mente.

— ¿Te marcharás hoy? — preguntó con apenas voz.

—No, si pasas esta última noche conmigo.

—Me quedo, pero quédate conmigo en mi apartamento. No haré más preguntas.

—De acuerdo, me quedaré contigo.

Eloísa la abrazó con fuerzas y se secó las lágrimas que habían escapado de sus ojos al escuchar que Ania se iría. Lo que no sabía, es que Ania le había dicho una mentira inocente para no hacerla sufrir más de lo que ya lo estaba haciendo ella en silencio.

Esa noche, Ania se permitió dormir una última vez a lado de la persona que amaba y que amaría por la eternidad en la soledad. Mientras que Eloísa pensaba en lo afortunada que era de haber encontrado a una compañera, con la cual seguramente viviría muchas más aventuras y compartirían algo más que una cama y un apartamento.

Capítulo 7

Cuando la señora Moscoa llegó a la Quinta, se alegró de ver que el coche de Eloísa ya se encontrara allí. Descendió de su vehículo y observó lo maravillosa que se veía la casa, al igual que el jardín, en el cual, ya revoloteaban las mariposas. Pese a su alegría, al recordar a su hija, se le partió el corazón, sobre todo, la culpa era la que no la dejaba vivir, porque ella tuvo el poder de haber salvado a lo que más amaba, pero el ponerse una venda en los ojos, solo logró causar el efecto contrario.

Daría todo lo que poseía para volver el tiempo atrás y enmendar su error, sus faltas como madre. Pero ahora era tarde, el daño estaba hecho y la culpa la consumía cada día, cómo desde el primer día. Solo le quedaba vivir con ella hasta su muerte.

A pesar del cambio en el exterior de la casa, los recuerdos aún persistían en su memoria desde aquella fecha. Cuando Moscoa subió los escalones y llegó a la puerta, se dio cuenta de que estaba abierta como regularmente la encontraba cada que iba. Pero creyó que Eloísa la había dejado de esa forma, sin embargo, cuando entró a la casa, no halló más que silencio. Eloísa no estaba en el recibidor, aun así, Moscoa, miró tranquilamente el espacio remodelado con placer. La joven había hecho buen trabajo.

Moscoa continuó mirando la casa a la espera de que Eloísa apareciera, pero tras varios minutos, comenzó a preocuparse por la chica. Sin más, empezó a revisar las estancias de abajo, pero no la encontró, así que se dirigió a las habitaciones y ahí, miró lo que no esperaba hallarse.

Eloísa se encontraba completamente desnuda y dormida sobre la cama nueva de la habitación, que alguna vez fuera la de su hija.

Al verla, Moscoa se enfureció por su atrevimiento y se acercó a despertarla. Eloísa despertó aturdida, nunca había tenido un sueño pesado, pero esa mañana había sido diferente, incluso se sentía distinta. A penas despertar, se le desbocó el corazón al ver el rostro de disgusto de la señora Moscoa, que la miraba con ojos de furia, mientras que ella, por un segundo, pensó que se trataba de Ania, que interrumpía su sueño para alguna de sus ocurrencias.

—Vístete y te espero abajo, para que me des una explicación — le dijo la mujer furibunda.

Moscoa salió de la habitación y permitió que Eloísa se vistiera.

Una vez presentable, la diseñadora salió de la habitación y buscó a Ania en el resto, pero no la encontró. Así que sin más remedio, bajó las escaleras para enfrentarse a Moscoa, al tiempo que sentía que Ania la había traicionado dándole una puñalada por la espalda dejándola sola.

Eloísa llegó a la estancia en donde Moscoa se encontraba sentada en los nuevos sillones, que con mucho esmero había elegido para decorar y que al mismo tiempo fueran cómodos. Le daba pena mirar a la mujer que le había dado trabajo, aun así, levantó la vista hacia ella.

En el momento en el que Moscoa vio con detenimiento el aspecto de Eloísa, se sorprendió de lo desmejorada que se hallaba. Se veía pálida y más delgada, parecía que se hubiera quedado sin energías, así que Moscoa se calmó y decidió escuchar lo que fuera que tuviera que decirle.

— ¿Y bien? ¿Por qué estabas dormida en una de las habitaciones de la casa y desnuda? ¿Pasaste la noche con alguien aquí? — la interrogó Moscoa descubriendo como se sonrojaba al escuchar si había pasado la noche en compañía.

—Sí, pero no es lo que usted piensa — dijo Eloísa nerviosa de pie delante de Moscoa,

pero guardando una prudente distancia.

—Entonces, explícame para que pueda entender qué pasó.

—Ania fue quien pasó la noche conmigo. De hecho, se quedó aquí durante todo el tiempo que estuve trabajando.

Moscoa la miró con estupor y luego pensó que Eloísa se estaba burlando de ella, pero ella continuaba hablando de Ania como si fuera real, como si estuviera en alguna parte de la casa.

—Ania, me pidió que me quedara con ella. Ni siquiera sabía que su hija estaría aquí y yo no pude contactarme con usted. Cuando llegué el primer día para comenzar el trabajo, la casa estaba abierta y me la encontré de pie, aquí en medio, mirando hacia el techo.

— ¿Estuvo aquí?

—Sí, ella estuvo aquí. Pero al parecer se fue — dijo Eloísa con evidente tristeza en la voz —. Dijo que se quedaría conmigo.

—No te creo nada de lo que dices.

—Lo que le digo es verdad, Ani estuvo aquí.

—Ayer fui a la clínica en dónde ella ha estado internada por siete años en coma y Ania sigue sin despertar. Lo que tú me dices es… inverosímil.

—No es cierto.

— ¿Crees que mentiría en algo así?

De pronto todo comenzó a darle vueltas a Eloísa, eso no podía ser cierto, lo que estaba sucediendo solo se trataba de una pesadilla de la cual despertaría en cualquier momento y encontraría a Ani a su lado. Pero al cabo de un momento se dio cuenta de que no se encontraba dentro de un sueño, sino que se hallaba en la realidad y lo que había estado girando se volvió oscuro.

Eloísa cayó al suelo con un ruido sordo y Moscoa corrió de inmediato hacia ella, se había desmayado de la impresión y del dolor que le había causado saber, que la mujer de la que se había enamorado llevaba en coma durante varios años. Que se había enamorado de un ser inexistente o que al menos no estaba viva ni muerta.

Moscoa fue a buscar en el botiquín de primeros auxilios, alcohol, para intentar reanimar a Eloísa, que se había puesto aún más blanca. Cuando estuvo de regreso y volvió a acercarse a la diseñadora, descubrió que Eloísa tenía moratones en algunas partes de su cuerpo. A pesar de lo que había escuchado, Moscoa no estaba muy convencida de la historia que Eloísa le contó.

Tuvieron que pasar varios minutos para que Eloísa volviera en sí y cuando a su mente volvió todo, sintió que algo en su pecho le apretaba y quemaba a la vez. Una mezcla de amor y furia se enroscaba en su roto corazón. Todo lo que había vivido fue tan solo una fantasía, un sueño como en el que Ania se encontraba desde hacía años, solo que ella despertó antes, dándose cuenta de que continuaba sin tener nada, como siempre.

— ¿Quieres que te lleve al hospital?

La voz de Moscoa sobresaltó a Eloísa, que se volvió a sentir pequeña ante la rica y poderosa mujer que parecía imperturbable ante lo sucedido. La diseñadora podía ver que Moscoa no creía en lo que le había contado, pero debía de haber algo con que probar que lo decía era verdad.

— ¿Cómo era Ania? — le preguntó Moscoa en cuanto vio que Eloísa se había sentado algo desorientada sobre la alfombra en la que se había desmayado —. Descríbemela físicamente.

—De ojos grises y una sonrisa hermosa — respondió,mirando sus manos ahora vacías.

Eloísa sentía que ahora nada tenía sentido y Moscoa, miraba a Eloísa con el deseo enorme de sacudirla para preguntarle más sobre Ania.

—Me dijo que tenía treinta y siete años, que los había cumplido el seis de mayo. Que fue hija única y que nunca conoció a su padre. Que usted se dedicó a trabajar y la dejó sola.

Moscoa le creyó en esta ocasión y rompió en llanto. Ella daría todo el dinero del mundo para volver a verla de pie y verla sonreír como cuando era una niña. Pero pese a todo lo que poseía y que Ania se encontrara en una de las mejores clínicas, su hija simplemente no despertaba.

—No entiendo cómo es que has podido verla, ¿Cómo es que pudiste convivir con ella todo este tiempo? — dijo Moscoa más para sí misma que para Eloísa, que lloraba en silencio.

—No lo sé. Solo me la encontré esa mañana en que llegué aquí y desde entonces no dejé de verla — su voz fue apenas un susurro —. Era tan real, tan palpable, tan tangible para mí. Ahora entiendo muchas cosas.

— ¿Qué cosas?

—Ella solía desaparecer y aparecer misteriosamente en los lugares menos pensados. Desaparecía tan de repente así como se aparecía. Creo que nunca ninguna de las personas que trabajó aquí la vio, solo yo fui la única que pudo verla.

Eloísa odió el hecho de que sus ojos pudieran ver lo que los demás no. Se llevó las manos a los ojos y se los restregó con el deseo de sacárselos de las cuencas para nunca más tener que ver nada.

Moscoa la observó y vio su desesperación mezclada con miedo. Ella hubiese querido ver y hablar con Ania, pero al parecer no tenía la misma alma pura que Eloísa, ni sus ojos, ni aquella afinidad que tuvieron sus almas para encontrarse y juntarse.

Las dos mujeres se quedaron en silencio. Eloísa deseando salir corriendo de allí y Moscoa anhelando ver a su hija aparecer por algún rincón de la casa. Pero la primera se sentía anclada al suelo, sin fuerzas necesarias para ponerse en pie, y Moscoa, no encontraba las palabras para consolar a Eloísa. En ese momento le tenía envidia, porque había podido convivir con ella.

Ahora más que nunca, Moscoa se arrepentía de haberla dejado sola al cuidado de su desapegado abuelo, que no la quería y que solo aceptó hacerse cargo de Ania, solo para que ella pudiera continuar haciendo más grande el patrimonio familiar. Pero, ahora, ese dinero, ¿A quién le serviría? Su única heredera, estaba dentro de un sueño de siete años y no parecía mostrar signos de que algún día despertaría.

Como pudo, Eloísa finalmente se puso de pie y sintió náuseas, pero como no había comido, solo se quedó en esa desagradable sensación. A trompicones, salió de la casa sin decir nada, mientras Moscoa le pedía que esperara, pero Eloísa solo escuchaba a su corazón latir fuertemente contra sus tímpanos, deseando escapar de ese lugar.

El sol la cegó y odió que el día fuera tan hermoso como todos los anteriores en los que tuvo la presencia de Ania a su lado. Ania la había engañado, le había dejado soñar con una vida que nunca tendrían juntas porque estaba como muerta atada a una cama de hospital y ahora, Eloísa solo tenía un corazón roto y las ilusiones destrozadas.

Ania la esperaba afuera, pero Eloísa no pudo verla y mucho menos escucharla, su dolor y tristeza, era más grande que su capacidad de vislumbrarla esta vez.

— ¡Eloísa, escúchame! — le gritaba desesperada al oído mientras Eloísa abría la puerta del coche —. ¡Perdóname! ¡No te vayas! ¡No te olvides tú también que yo existo!

Eloísa arrancó el auto y salió de la Quinta, dejando a Ania llorando y a una Moscoa preocupada por la forma en que había salido de su territorio, deseando con su corazón de madre, que no le ocurriera nada durante el camino de regreso.

A pesar de lo difícil que había sido su infancia y su vida, Eloísa había conservado en su espíritu esperanza y en su alma, pureza. La suficiente, como para que sus ojos miraran de otra forma el mundo. Para que mirara a Ania, que siempre deseo sentirse querida.

Pero Ania estaba perdiendo a la única persona que había podido verla, tocarla y sentirla de las tantas maneras en que nadie lo hizo cuando estaba viva. La conexión entre ellas había sido desde el primer momento. El dolor y la soledad, habían sido las causantes de que sus almas se entendieran desde la primera vez.

Eloísa manejó con la mente en otro planeta y condujo lo más rápido que pudo para llegar lo más pronto posible a casa, darse un baño, meterse a la cama y abrazarse a su querido oso de peluche que había abandonado por un falso sueño de amor. Debió haber dejado pasar esa sonrisa y esos ojos grises. Pero fue imposible hacerlo cuando su mirada se clavó en ella de esa forma tan dulce, llena de esperanza y al mismo tiempo, de anhelo, un mismo anhelo que ella sentía por dentro.

Ania lloraba en su habitación y Eloísa lo hacía debajo de sus cobijas abrazada a su oso de peluche. Las dos llevaban dos días en ese estado, pero Ania ya no necesitaba de comer, beber o dormir, su sufrimiento ahora lo sentía de manera muy distinta de cuando estaba Eloísa con ella. Ahora sí que se sentía como un fantasma. Traslúcido.

De nueva cuenta, volvía a las escenas repetitivas de mirar el techo y abrir la puerta de la casa. Quería evitarlo, pero le era imposible no caer en el vicio que llevaba años haciendo de manera automática por no saber a dónde ir. Todo ese tiempo había pasado confundida, hasta que llegó Eloísa y cambió su rutina. Transformó su repetitiva existencia en algo que Ania jamás imaginó ni soñó.

Eloísa no se había levantado de la cama desde que se postró en ella abrazada a su oso de peluche. No había respondido a ninguna de las llamadas esporádicas que le llegaban de algunos de sus conocidos o incluso las de Moscoa, que llamaba llena de preocupación por saber de ella.

Sin embargo, Eloísa no quería dormir porque no quería soñar con Ania, esa era la razón por la que se mantenía en vela y no le resultaba muy difícil mantenerse con los ojos abiertos, pues aún no podía procesar que ella se hubiera enamorado de alguien que se encontraba muerta en vida, de una mujer que se hallaba en un profundo sueño y que solo fuera su alma o espíritu lo que vagaba en aquella casa sin descanso.

Días más tarde, Eloísa se comunicó con todos aquellos que la habían llamado, incluso con Moscoa. Con ella aún no había podido hablar sobre la casa, así que debía forzadamente verse con la empresaria, razón por la que acordaron reunirse en la cafetería en que se encontraron la primera vez, ya que Eloísa no deseaba ir a la Quinta.

En esta ocasión, Eloísa llegó primero al punto de reunión y Moscoa llegó pocos minutos después. La diseñadora se puso nerviosa al verla acercarse a su mesa, pues aún no estaba preparada para mirarla de frente luego de lo ocurrido.

—Buenos días — la saludó Moscoa y Eloísa se puso de pie.

—Buenos días, señora Moscoa.

Moscoa la miró con detenimiento, era visible que la joven no la estaba pasando muy bien, pero se encontraba allí, eso era muestra de que se hallaba dispuesta a hablar y ella aprovecharía la oportunidad de conversar con la chica y tratar de convencerla de una cosa. Estaba por hablar cuando un mesero llegó a preguntar qué se les ofrecía, ambas pidieron café y nada más, despidiéndolo rápidamente.

—Me ha gustado el trabajo que has hecho. Gracias — le dijo Moscoa para tratar de romper el silencio incómodo que se cernió entre ellas una vez que tomaron asiento.

—Las gracias se las debería dar yo por darme la oportunidad y me alegra saber que le haya gustado mi trabajo — Eloísa miró a Moscoa a los ojos —. Discúlpeme por lo que pasó ese día. No era mi intención. Yo no sabía… lamento haberme ido sin darle explicación alguna, pero solo quería estar sola y salir de allí.

—Está bien, lo entiendo ¿Sigues viéndola?

—No. Desde que salí de la Quinta no la he visto ni en sueños.

— ¿Solo la veías allí?

—Sí, y algunas veces soñaba con ella. Nada más

— ¿Cómo fue que la viste? ¿Hiciste algo en especial?

—Nada especial.

— ¿Podría pedirte un favor?

—Depende de lo que sea.

—Me gustaría que visitaras a Ania en la clínica.

— ¿Para qué?

—Quizás si le hablas y escucha tu voz, ella podría despertar. Probablemente y estoy segura, Ania creo un lazo emocional contigo. Quizás se despierte.

—Señora Moscoa, Ania lleva siete años en coma y ¿Tiene la esperanza de que despierte si yo le hablo?

—No sabes todo lo que he intentado para hacer que vuelva, pero es como si ella prefiriera estar allí y entiendo que lo quiera. La dejé sola durante toda su vida, incluso cuando era apenas una bebé de meses. No fui buena madre.

—Ania se sentía sola — le confesó Eloísa —. Todo lo que hizo, fue para tratar de llamar su atención.

—Lo sé y me di cuenta muy tarde de ello.

Moscoa se puso a llorar y Eloísa la miró en silencio. Los cafés que el mesero les había llevado hacía unos minutos, se estaban enfriando sin siquiera probarlos. No le pasaba nada en ese momento, lo único que deseaba era irse de allí y no ver a Moscoa plañir.

—¿Irás a verla? — le preguntó a la joven una vez que dejó de llorar.

Eloísa quería negarse, pero su corazón de pollo y las lágrimas de Moscoa le hicieron acceder a su desesperada petición.

—Iré a visitarla.

— ¿De verdad? — exclamó Moscoa esperanzada.

—Sí, iré a verla.

—Gracias.

Capítulo 8

Eloísa siguió en su automóvil a Moscoa a la lujosa clínica en la que Ania estaba internada desde hacía siete años.

A pesar de que ya la conocía, Eloísa sentía nervios de estar frente a Ania, pero esta vez en carne y hueso. Aunque en coma, sabía que le dolería mirar a la mujer que amaba, tendida en una cama, inerte y sin vida. Moscoa guio a Eloísa a la habitación en la que Ania se encontraba.

—Te dejaré a solas con ella — le dijo Moscoa abandonando la estancia.

Eloísa no se había atrevido a mirar a Ania, aunque tenía casi un minuto de estar en la habitación, sus ojos se habían mantenido pegados en el piso, escuchando las máquinas que monitoreaban sus signos vitales.

Tomando una inhalación profunda, alzó la vista y vislumbró a Ania tendida en la cama, como si solo durmiera. Su expresión era serena, como si por ella no pasara el tiempo, pero su cabello mostraba lo contrario. Para sorpresa de Eloísa, el pelo de Ania se había vuelto gris, casi parecía ridículo ante su aspecto, que permanecía casi intacto, tal y de la manera en la que la miró en la Quinta.

Eloísa estaba casi convencida de que Moscoa, esperaba que ella fuera el príncipe azul que despierta a la bella durmiente luego de su largo sueño, pero la diseñadora sabía que eso solo pasaba en las películas de Disney y ella no era una princesa, mucho menos tenía una casa bonita. Apenas y vivía en un pequeño piso en el que estaba segura, Ania nunca tendría las ganas de poner un pie en él.

El enojo que hasta hacía poco había tenido hacia ella se desvaneció, se acercó a la cama y tomó una de sus manos entre las suyas. Estaba fría, pero su piel era tan suave como la había sentido antes. Eloísa no podía aún comprender cómo es que pudo sentirla, cuándo solo había sido su espíritu el que se encontraba vagando.

—Hola, Ani — le dijo —. ¿Cuándo piensas despertar? Llevas mucho tiempo dormida ¿Sabes? Tu madre te extraña y creo que se arrepiente de haberte dejado sola. Si me escuchas, despierta, por favor.

Eloísa apretó su mano cariñosamente, a la espera de tener alguna señal de Ania, pero esta continuaba igual, comprendiendo la desesperación de Moscoa por ver a su hija cada día durante siete largos años en la misma situación.

Cuando salió de la habitación, Moscoa la esperaba fuera y caminaron en silencio hasta la salida de la clínica.

—Puedes venir cuando gustes a visitarla, he dado mi consentimiento para que puedas entrar sin problema.

—Muchas gracias, señora Moscoa.

—Llámame, Elena.

—Bien.

—Gracias por venir.

—De nada.

∞∞∞

Esa noche, por primera vez desde que dejara la Quinta atrás, Eloísa se permitió pensar en

Ania cuando estaba ya acostada en la cama. Deseaba verla para tratar de convencerla de que volviera a su cuerpo, que ya había sido suficiente de ser cobarde, que ahora debía afrontar la realidad y dejar la fantasía en la que había estado prefiriendo vivir.

Eloísa se encontró dentro de sus sueños en la habitación de Ania, quien estaba verdaderamente sorprendida de volver a verla, luego de varios días de no saber nada de ella y para Ania, era como volver a ver el sol.

—Hola — la saludó Ania si saber qué hacer—. Sé que estás enojada conmigo, pero…

— ¿Por qué no vuelves? — le preguntó Elisa mirándola a los ojos sin dejarla terminar.

— ¿A dónde? — inquirió Ania confundida.

—A tu cuerpo.

— ¿Cuál cuerpo? Estoy muerta.

—No lo estás — le informó Eloísa dándole la cara.

—Y si no lo estoy ¿Por qué continúo vagando?

—Porque tengo la ligera sospecha de que temes que tu vida sea igual a la que tenías antes de caer en coma.

— ¿Estoy en coma?

—Desde hace siete años y tu madre lleva todo este tiempo esperando a que abras los ojos.

— ¿Ella? No lo creo, solo le interesa hacer más y más dinero para mi abuelo.

—El sí que ha muerto.

Ania no dijo nada, solo miró a Eloísa con sus inconfundibles ojos grises.

—Regresa a tu cuerpo, Ania. Deja de vagar y de torturarte a ti misma.

—No puedo, si pudiera lo habría hecho hace mucho tiempo y si recordara algo más de mi vida o de dónde está mi cuerpo, iría, pero no puedo.

— ¡Estás mintiendo! — la acusó.

— ¡No lo hago! ¿Crees que no deseo dejar de vagar por esta casa y poseer un cuerpo para poder vivir la vida contigo?

—No lo sé, Ania. Tú eres la única que puedes retomar esa vida que tanto deseas.

—Dudo que cuando despierte, pueda ser como era antes. Seguramente seré una planta y no quiero eso. Prefiero estar muerta.

—Si eso es lo que quieres, no puedo hacer más por ti, Ania.

— ¿Haces esto por mí o por ti?

—Lo hago por tu madre.

Ania puso cara de decepción y comenzó a sentir un nudo en la garganta.

—Ella lleva siete años esperando por ti ¿Acaso eso no es motivo suficiente?

—Es muy tarde para que enmiende sus errores — dijo dándole la espalda a Eloísa para que no la viera llorar.

—Si eso es así, adiós, Ania.

Eloísa desapareció y cuándo despertó, estaba llorando de nuevo por Ania, no podía creer que se hubiera dado por vencida y no quisiera volver a la realidad.

Ania lloró de nuevo, le dolió el que Eloísa no estuviera interesada en que despertara, que solo acudiera en sueños a ella solo para suplicar en nombre de Moscoa. Para qué quería volver a la conciencia, estaría sola como cuando era niña y como lo estaba ahora.

Eloísa odió el que Ania fuera tan cobarde, pero no podía obligarla a qué regresara.

Conforme los días pasaron, Eloísa decidió visitar a Ania una vez más a la clínica, para saber si Ania había mostrado alguna mejoría, pero ella continuaba igual, dormida e inerte.

— ¿Por qué eres tan necia? Si abres los ojos, yo estaré contigo — le dijo —. Te lo juro

por mi vida, que es lo más valioso que tengo, que me quedaré a tu lado.

La intensa mirada de Eloísa estaba fijamente posada en el rostro de Ania, pero a pesar de que casi lo atravesara con sus ojos, Ania no parecía responder a ningún estímulo. Exasperada y enojada con Ania, salió de la habitación con la firme decisión de ir a la Quinta, si la había visto la primera vez que fue, en esa ocasión no sería la excepción.

Subió a su auto y condujo hacia la Quinta, esta vez no le importaría si Moscoa estaba ahí y la miraba hablar sola como una loca, como la loca que era por tratar de llevar a Ania con ella en el coche hasta la clínica. Eloísa creía que cabía la posibilidad de que Ania hubiera perdido el rumbo y tras años lejos de su cuerpo, ahora no sabía hacia dónde ir.

La Quinta estaba ahora en su máximo esplendor, nada tenía que ver cómo cuando la miró por primera vez. Solo esperaba poder ver a Ania, el día en que se marchó de allí no pudo verla y rogaba con todo su corazón, que sus ojos esta vez no fueran ciegos para mirarla como antes de saber la verdad.

Era la única forma que se le ocurría a Eloísa para tratar de hacer que Ania volviera, la sola oportunidad que ambas tenían para tal vez estar juntas en un futuro, pero ya no como en un sueño, sino en la realidad.

Bajó del auto y corrió hacia la puerta de la casa como si existiera un reloj de arena que se consumía rápidamente y el tiempo se le acabara. Tocó porque ya no tenía llaves y odió el hecho de haberse deshecho de ellas, pero ya no tenía el poder de entrar y salir de esa casa, ahora la madre de la mujer que amaba habitaba allí.

—Buenos días — dijo Eloísa a la mujer que le abrió la puerta.

—Buenos días ¿Qué se le ofrece?

—Necesito entrar un momento.

—Lo siento mucho, pero la señora no está y no puedo dejarla pasar.

—Solo será un momento, olvidé algo.

—Déjeme llamar a la señora.

Eloísa puso los ojos en blanco y sacó ella su teléfono.

—Ya lo hago yo.

Para suerte de la diseñadora, Moscoa respondió enseguida y habló con su empleada para que dejara pasar a Eloísa. Antes, la empresaria no hubiera dejado entrar a nadie a su casa, pero ahora que tenía esperanzas de que la joven ayudara a su hija a qué despertara, cedería a cualquier petición que le hiciera.

Eloísa entró a la casa y para su decepción, Ania no se encontraba en medio de la casa como la primera vez, tampoco se hallaba en su habitación y en ninguna parte del interior.

— ¡Ania! — le gritó, pero no había señas de ella —. ¡Deja de esconderte!

La empleada de la casa, podía escuchar a Eloísa, llamar a Ania y la consideraba loca por buscar a alguien que no habitaba ahí.

Estaba a punto de darse por vencida, cuando de pronto una luz se encendió en su cerebro y se acordó del último lugar en que no había buscado. Aunque Eloísa no se hallaba muy segura de si se encontraría allí, pero era el último lugar que le quedaba por buscar.

Para su gran motivación, la puerta de la bodega se encontraba abierta, cuando Ania sabía que era imposible que se abriera sola, si se encontraba de ese modo, era porque quien buscaba se hallaba ahí.

Cómo era de esperarse estaba oscuro, pero Eloísa ya no tenía miedo, así que entró para buscar a la persona que había conseguido que sus miedos a la oscuridad y a los fantasmas quedara en el olvido.

Eloísa temía no poder verla, pero le hablaría desde el fondo de su corazón para que la escuchara.

—Ani ¿Estás aquí?

Pero en la bodega no se escuchó nada, solo hubo silencio.

—Ania, he venido a buscarte.

De pronto, Eloísa vislumbró la figura de Ania, quien aguardó a una distancia prudente.

— ¿Para qué?

—Te llevaré de vuelta a tu cuerpo.

— ¡Eso es imposible! ¿Cómo vas a hacerlo?

— ¿Confías en mí?

—Más de lo que tú nunca has confiado en mí, Eloíse.

—Lo siento.

—Perdóname por dejarte creer sobre mí lo que no era.

Con temor de que no pudiera palparla como antes de saber la verdad, Eloísa tendió su mano a Ania, quien no dudó ni un segundo en tomarla y para alegría de ambas, volvían a tocarse.

—Te he echado mucho de menos — dijo Ania.

—Y yo a ti — reconoció Eloísa abrazándola.

—Te llevaré dónde está tu cuerpo.

Tomadas de la mano llegaron hasta el auto y solo se soltaron el instante en el que tenían que subir al coche. Una vez dentro, volvieron a sujetarse y con una mano libre, Eloísa condujo hasta la ciudad, mientras Ania parecía desconcertada, pero no soltaba su agarre.

Cuando llegaron a la clínica, Ania bajó del lado del copiloto, temía que si soltaba la mano de Eloísa se la llevaría el viento o desaparecería. Con temor de lo que pudiera pasar en cuanto se viera a sí misma tendida en una cama, detuvo a Eloísa un momento para verla a los ojos.

— ¿Qué pasa? — inquirió Eloísa.

—Antes de lo que sea que pase allá dentro, quiero que sepas que te amo.

—No vas a morirte.

—No lo sabemos.

Cuándo este razonamiento llegó a Eloísa, fue muy tarde para detener a Ania, pues ya había entrado a la habitación en la que su cuerpo se encontraba, así que se apresuró a entrar para detenerla, pero Ani ya no estaba.

— ¿Ania? — la llamó, pero no hubo respuesta.

En determinado momento los aparatos que monitoreaban el cuerpo de Ania comenzaron a sonar, Eloísa asustada llamó a enfermeras y doctores, pero estos ya iban en auxilio.

Ania, por primera vez desde hacía mucho tiempo, tuvo cambios, pero no positivos, al parecer su cuerpo se estaba rindiendo y Moscoa como Eloísa rompieron en llanto.

—Quizás no fue buena idea traerla de vuelta — le dijo Eloísa a Moscoa.

—Amo a Ania, pero si lo que desea es irse y descansar, no voy a seguir reteniéndola. Aunque me duela el alma, la dejaré descansar.

Pasó una semana y pese a las condiciones en la que Ania se encontraba, comenzó a reaccionar a los estímulos, hasta que una mañana despertó de su letargo, pero solo movía los ojos, ahora se encontraba encerrada en su propio cuerpo, sin reconocer a la mujer que le había mostrado el camino de regreso a la vida.

—No te reconoce — dijo con pena Moscoa a Eloísa.

—No se preocupe, imagino que lo que vivió fuera de su cuerpo, para ella ha sido como un sueño y no siempre nos acordamos de ellos ¿No es así?

—Sí, me temo que sí. Lo siento mucho, Eloísa.

—Está bien, no se preocupe.

—Si gustas, puedes visitarla.

—Por el momento es mejor que no, pero si gusta, puede mantenerme informada de ella a través de un mensaje.

—Claro, por supuesto.

Eloísa estaba triste, pero Ania había vuelto a la vida y pese a que ahora no podía moverse y hablar, podría hacerlo más adelante con tratamiento y terapia física. La diseñadora no dudaba de que lo conseguiría, Moscoa tenía suficiente dinero para llevarla a los mejores especialistas y estaba comportándose cómo una verdadera madre, esta vez con Ania, así que Eloísa se daba por bien servida.

Epílogo

Un año después

Había pasado un año de que Ania despertara y de que Eloísa dejara de verla. Sabía que iba mejorando gracias a los mensajes esporádicos que ella y Moscoa se enviaban, pero nada más.

Su vida continuaba siendo la misma, salvo por qué ahora, tenía más trabajo gracias a Moscoa que la recomendó a varios de sus conocidos y vieron su trabajo en la Quinta. Tras eso, Eloísa había pasado ocupada y lo agradeció enormemente para no pensar tanto en Ania, ahora más que nunca tenía claro que su amor estaba perdido y que jamás podría ser.

Continuaba viviendo sola en el mismo piso, pese a tener más solvencia económica, prefirió quedarse ahí mismo, únicamente arregló un poco su apartamento y nada más. No deseaba algo mucho más grande para sentirse el doble de sola.

Una tarde del sábado, Ania quedó de verse con Moscoa. A la diseñadora le pareció raro que pidiera verla, pues se mensajeaban a menudo y de necesitar algo, se lo habría dicho por teléfono, aun así, accedió a verla en la cafetería de siempre.

—Hola — la saludó Eloísa al arribar —. ¿Ha esperado mucho?

—No, recién acabo de llegar — dijo poniéndose de pie para saludarla con un beso y un abrazo —. ¿Cómo has estado?

—Bien, gracias, trabajando, ¿Y usted?

—Haciendo lo mismo que tú, solo que en menor medida para cuidar de Ani.

— ¿Cómo va ella?

—Eso lo podrás ver por ti misma — dijo Moscoa girándose para ver a Ania que se dirigía caminando hacia ellas con ayuda de una andadera.

A Eloísa casi se le sale el corazón al verla. Un nudo se le formó en la garganta y las lágrimas le escocían los ojos al vislumbrarla luego de un año.

Los ojos de Eloísa se perdieron en Ania, que ni siquiera se dio cuenta del momento en el que Elena Moscoa se había ido. Ania llegó a la mesa en la que la diseñadora se había quedado sembrada, mirándola con adoración y fascinación. Aún la amaba.

—Hola — la saludó Ania.

—Hola — respondió en automático Eloísa con apenas voz.

— ¿Te molesta si me siento?

—No — contestó sacudiendo la cabeza —. ¿Quieres ayuda?

—No te preocupes — dijo Ania tomando asiento.

Las dos se quedaron en silencio mirándose a los ojos, ambas estaban felices de mirarse otra vez, pero la incertidumbre que había dentro de ellas conocía la de la otra. Entonces, Ania no pudo evitar sonreír feliz de ver a la mujer que le mostró el sentido de la vida, puro y real.

A Eloísa le volvió a saltar el corazón cuando vio aquella dulce sonrisa de dientes perfectos.

— ¿Cómo has estado? — le preguntó Ania.

—Bien, gracias. Veo que ya estás caminando.

—Sí, estoy casi las veinticuatro horas del día en terapia.

—Debe ser duro para ti.

—Lo es y lo fue al prin… al prin…

—Al principio.

—Lo fue al principio. Aún me cuesta decir algunas palabras, he tenido que aprender todo de nuevo. Los doctores dicen que es un milagro de que haya despertado sin muchos daños permanentes cerebrales.

—Eso es bueno.

—Y sí, si me acordé de ti — declaró mirándola a los ojos —. Pero yo no sabía si iba a volver a moverme algún día. Cuando me desperté, me asusté al no poder mover mi cuerpo, después de siete años fuera de mi mismo ser, me sentía pesada y rara. No podía darte falsas esperanzas y que tú espera se convirtiera en aburrimiento, así que preferí dejarte libre.

— ¿Entonces, si me reconociste?

—Sí, pero en ese momento yo no era lo que tú viste de mí y te amo tanto que preferí dejarte libre.

—Me dolió ¿Sabes?

—A mí también, pero seamos realistas y sinceras. Te cansarías de esperar y te irías sin decirme adiós. Y aunque no fuera así, no quería atarte a mi miseria. Sería cruel llevarte conmigo al lugar en el que yo sola me metí.

Eloísa se quedó callada, aquella noticia le caía como un balde de agua fría.

—Si estoy aquí el día de hoy es por ti — confesó —. Tú me trajiste de vuelta y tú fuiste la meta que me hizo esforzarme cada día para poder moverme. Ahora debo preguntarte una cosa — dijo seriamente mirando fijamente los ojos de Eloísa —. ¿Aún me amas?

—Sí — respondió Eloísa con apenas voz.

— ¿Sales con alguien?

—No, no he podido olvidarte a pesar de que ya ha pasado un año, Ania.

—Eloíse, yo también te amo.

Eloísa se levantó de la silla y corrió hacia Ania para abrazarla con fuerzas entre sus brazos, al tiempo que se ponía a llorar. Luego de apartarse la contempló y observó su cabello grisáceo y Ania se dio cuenta.

—Puedo teñirlo, si no te gusta — le dijo Ania.

—Te queda perfecto. No pareces vieja.

Y antes de que Ania pudiera protestar, la besó en los labios.